



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 22.—Madrid 5 de Agosto de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*La fe del día*, por Blas.—*Los grabados*.—*Hojas de una Pastoral*.—*El di.*—*Patriotismo y abnegación*, novela polaca (continuación), por Esteban Marcel.—*La Virgen de la Salud*, por D. Francisco Lalliga Gorgues.—*Del restablecimiento de la filosofía escolástica*, por el P. Miguel Mir.—*Conocimientos útiles*.
GRABADOS.—*La santa casa de Loreto*.—*Dr. D. Bartolomé Beato*.—*La confidencia*.—*El general Gordon*.

REVISTA

SEGÚN todos los indicios, el cólera decrece en Tolón y Marsella; y como si entrase en un segundo período de su invasión, tiende á difundirse aunque con

menos fuerza que en los primeros días de su acometida. Cansado de hacer víctimas en las dos ciudades francesas, parece que se retira por diversos caminos, y por donde van pasando sus regiones van marcando la huella de sus estragos, para que nadie ignore que es superior á los hombres, más poderoso que los medios de preservación inventados por la ciencia, y que al irse nos perdona la vida á todos los que sobrevivimos á sus apariciones y á sus hecatombes.

El cólera, según hemos dicho muchas veces, es un azote de Dios, y así lo revela su naturaleza misteriosa, sus estragos y su rebeldía á los remedios de los hombres. Ahora bien: la aparición de este azote en Francia, ¿ha producido alguna enmienda? Porque siendo azote de Dios, es medicina aplicada á los pecados de los hombres. ¿Donde está el alivio de Francia, corrompida por la gangrena revolucionaria, loca por la exacerbación de sus pasiones impías, dislocada y perdida por los vicios de una civilización pagana, enemiga de Cristo?

No se ve el alivio; al contrario, cada día empeoran sus males; el desenfreno y la licencia tocan ya los límites de lo increíble: pocas veces se ha visto un pueblo más enfermo que Francia. Si el mal

resiste á los primeros revulsivos, ¿será preciso multiplicar las dosis? Este es el temor que hay que tener al cólera, y no el afeminado y ridículo que confía la salvación á los talones.

Si el clima de Madrid pudiera personificarse, diríamos que era una bella persona. Por un sentimiento de venganza debería este año haber sido muy riguroso, para mortificar á los madrileños que todos los veranos emigran en busca de climas extranjeros; pero, al contrario, este año, como inspirado en sentimientos de compasiva benevolencia, está siendo tan benigno que no parece sino que estamos disfrutando de una larga primavera.

Claro está que él no puede apagar los fuegos al sol, y en las horas en que Febo nos mira hace calor y se suda la gota gorda; pero por las mañanas y

por las noches la temperatura es tan benigna que á veces raya en fría, como si estuviésemos en Abril ó en Octubre.

Con tan buen verano la animación de Madrid, aunque algo ha disminuido con la ausencia de la Corte, que es el Vicente del dicho vulgar para ciertas gentes aristocráticas:—*¿Dónde vas, Vicente? Donde va la gente*—sin embargo, se conserva este verano como pocos, y en calles y paseos se observa que ésta es la primera población de España. ¡Ojalá lo fuera en todo, para que el buen ejemplo de la cabeza, es decir, de la capital, se reflejare en todos los miembros, ó lo que es lo mismo, en todas las provincias!

A una gran mejora estamos *abocados*: al establecimiento en esta capital de una red telefónica para el uso y servicio de todos los vecinos. La red será vastísima, según noticias, y todos los numerosos hilos de los particulares irán á reunirse en un centro que servirá para poner en comunicación á los diversos abonados con las personas ó establecimientos que deseen. Por este medio, sin salir uno de su casa, puede conversar con multitud de gentes. Yo tengo mi hilo, y pido por él al centro que me pongan en comunicación con el Teatro Real y oigo la ópera, ó con la Universidad y oigo las explicaciones de los profesores, ó con las Cortes y oigo los debates parlamentarios, ó con mi sastre y mi zapatero, en fin, y les pido un traje, unas botas, sin tener para nada que salir á la calle, ni servirme de criados. Además del gabinete central y de los hilos de particulares, habrá estaciones en muchas calles para el servicio público, y mediante una módica cantidad podrá cualquiera echar un párrafo con otro individuo que se halle en otra estación, sea la que quiera.

Con este sistema de comunicaciones auriculares se ahorrarán muchos pascos, pues todos los vecinos de Madrid nos estaremos oyendo á todas horas, cuando la cosase perfeccione, y hasta los diarios de noticias se llegarán á hacer innecesarios, por-



LA SANTA CASA DE LORETO.

que el oído, dotado de ubicuidad, recogerá las noticias en sus fuentes, oyendo todo lo que pasa en la Corte.

La red telefónica será propiedad del Estado, y dependerá, como es consiguiente, de la Dirección general de Telégrafos, la cual tiene pensado destinar á ella mujeres, autorizadas recientemente para ejercer el empleo de telegrafistas.

La red irá por los tejados de las casas; de modo que cuando sus mallas se hayan estrechado mucho, estará Madrid cazado como una codorniz bajo la red de sus conversaciones.

Lo que no deberá hacerse nunca es pactar nada por medio de teléfono, pues cabe luego la excusa á los desleales de decir que sus palabras se las llevó el aire.

La palabra teléfono se compone de dos griegas, *tele* y *fonos*, que aplicadas al caso significan *oir de lejos*. Tengo yo en mi vecindad una señorita que es alumna del Conservatorio de música, y desde que amanece el día hasta que cierra la noche no cierra ella el piano. Desde luego he pensado poner un hilo para oír de lejos, pues si no sirve para esto el teléfono, maldita la gana que tengo de oír otra cosa en Madrid desde el rincón de mi casa. La perfección de la red telefónica consistirá en atraer los sonidos gratos, y llevarse lejos los que incomodan. Es posible que esta Sección sea la que dé más ingresos al Estado.

Se está observando un hecho muy singular: desde que se ha inaugurado la nueva Cárcel-Modelo, llamada ya en caló *el abanico* por la forma de sus galerías, dispuestas en radios, ha disminuído en un 50 por 100 el ingreso de presos, pues en el Saladero era, por término medio, de 20 diarios, y aquí nunca pasan de 10.

¿Qué explicación puede tener este fenómeno? ¿Será que ha mejorado la moral pública? No es esto muy creíble cuando acabamos de ver, con general alarma, invadida por ladrones la casa del ministro de la Gobernación, rasgo de audacia que acusa un gran progreso en la táctica ladronica de los cacos de Madrid. ¿Qué puede ser esto? ¿Que los criminales, temiendo más á las celdas del *Abanico* que á los patios del *Saladero*, aguzan más sus mañas para sustraerse á la acción de la justicia? Ya es más creíble; pero de ser así, conviene que también la justicia afile sus uñas para cazar á esos criminales, pues no ha de ser menos poderosa que el vicio la virtud, según dijo el poeta.

Si la nueva cárcel ha de ser causa de que anden sueltos más criminales, no había para qué echar abajo el Saladero. Bien está el rigor de la prisión, pero los crímenes no se cometen en la cárcel; es preciso que el rigor carcelario comience en las calles y casas de Madrid, donde está la caza en que ha de ejercitarse la policía.

Como sucede en los molinos, la presa está mucho más arriba que la piedra que estruja la harina.

Dicen que ahora va de veras: lo dudamos.

En una reunión de los jueces municipales con los tenientes alcaldes de Madrid, se ha acordado «poner coto á los robos de muchos tahoneros que están haciéndose ricos á costa del pueblo madrileño».

Este es un aspecto de los varios que tiene aquí la cuestión de subsistencias. En ningún mercado del mundo se roba como en el de Madrid; porque aquí se roba en la calidad y en la cantidad, sin que haya medios fáciles de ponerse á salvo de tales rapiñas.

Malo es, malísimo que en ciertos artículos de lujo, confeccionados casi siempre en el extranjero, se dé gato por liebre; pero en los artículos de primera necesidad es un crimen gravísimo que merece con todo rigor castigarse. Investíguese cómo se hace el chocolate en las fábricas, cómo se confecta el pan, qué mezclas llevan el vino y el aceite, qué clases de carnes se ponen á la venta, y luego que esto se sepa reconózcanse las pesas y medidas, y mal que pese á la malhadada libertad del comercio, calculen si se hallan en justa y debida proporción los precios que tienen las cosas para los comerciantes y para los consumidores. El camino es llano; ¿por qué han de tropezar las autoridades?

Y lo peor es que las autoridades tropiezan y los demás caemos.

Después de arrojados de Madrid los tres famosos *apóstoles* que trajeron por muchos días embaucadas á muchas gentes de los barrios bajos y aun altos de esta Corte, han aparecido tres ó cuatro más en diversas capitales de provincia: uno en Valladolid,

otro en Sevilla, y no recordamos si en Valencia ó Barcelona. Estos *apóstoles*, como es sabido, son curanderos que usan de fórmulas cabalísticas y amuletos para curar todas las enfermedades. Su aparición ó más bien su prestigio en estos tiempos demuestra que la incredulidad de nuestro siglo sólo se ejercita en negar la verdad, pues tratándose de errores, fábulas y supercherías admite todo lo que se le dé: la Inquisición pintada por Castelar, la filosofía explicada por Krause, la ciencia médica practicada por el Dr. Garrido, y la taumaturgia representada por los referidos *apóstoles*.

Y no se crea que de este mal adolecemos sólo los españoles, porque es al contrario: Italia, Francia sobre todo, y Alemania están invadidas de *apóstoles* de esta clase, ora con carácter espiritista definido, ora con simples formas sobrenaturales y mágicas. Públicas se hicieron las relaciones de Gambetta con una especie de maga, á la cual consultaba con la fe de un catecúmeno. Como Gambetta hay muchos, si bien la mayor parte ocultan sus creencias supersticiosas y sus fanatismos de nigromantes.

La frase de Chateaubriand será siempre exactísima: «Las cuevas de los hechiceros se abren cuando se cierran los templos del Señor.»

Un amigo nuestro nos llama la atención sobre el carácter de los circos que dan funciones en Madrid durante el verano; son, nos dice, circos dignos de la Roma pagana.

Algo hemos oído sobre las desnudeces y porquerías de algunos de ellos, pero ¿qué hemos de hacer nosotros? La libertad teatral no se asusta de nada, y con tal que no se grite allí en sentido impolítico, todo lo demás le tiene sin cuidado.

¿Y qué se diría de un Gobierno que, inspirándose en la moral pública, mandase vestirse á las amazonas de los circos ó retirase de ellas esas *troupes de señoritas* que salen á representar figuras estatuarías? Es posible que la medida provocase una reclamación de las potencias á que pertenecieran las amazonas y *señoritas*.

El mal, la corrupción se impone: la moral, acobardada, huye á encerrarse en los templos y registra ya hasta los senos de las catacumbas.

Muchos cordones sanitarios y muchas fumigaciones contra el cólera; pero en cambio puerta franca para todo género de liviandades, y ¡ay del que se atreva á poner mano en el pedestal del escándalo, erigido en ídolo de nuestro siglo!

Siempre acumulando electricidad sobre nuestras cabezas, y luego ¡oh qué horror nos inspiran las tempestades y el rayo!

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



La fiesta del apóstol Santiago se ha celebrado en Roma, en nuestra iglesia de Montserrat, con una solemnidad extraordinaria, por la circunstancia especial de haberse leído en ella el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, aprobado por Su Santidad León XIII, por el cual se confirma la sentencia del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Compostela, sobre la identidad de las reliquias de Santiago el Mayor y de sus discípulos Teodoro y Atanasio, descubiertas hace algún tiempo en el ábside de la capilla mayor de la basílica de Santiago de Galicia.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, que dedicó á este asunto mucha parte de sus columnas, durante algunos meses, con los doctos trabajos de los consultores académicos Sres. Fita y Fernández-Guerra, se cree obligada á transcribir aquí íntegro el decreto que pone el sello á tan importante asunto. *Roma locuta est*. Dice así:

DECRETO

«Entre los más célebres santuarios que en el universo están rodeados de la mayor veneración por los fieles, reciben el mayor número de piadosas peregrinaciones para cumplir votos, y son tenidos en igual honor por las Constituciones de los Pontífices, brilla el nobilísimo sepulcro de Santiago el Mayor, Apóstol, en la ciudad de Compostela en España, donde fué llevado desde Jerusalén su cuerpo santísimo después que por orden de Herodes fué muerto. El sepulcro de este Santo, por tantos siglos ilustre, durante tantos siglos por medio de innumerables milagros del poder divino conservado intacto, tanto cuando los árabes dominaron las Españas como en medio de otras calamidades, ha sido mirado siempre como la principal salvaguardia de esta nación. Por esta causa, este tesoro precio-

sísimo fué rodeado de una guardia, y en el siglo xvi, durante la incursión de los ingleses, que habiendo abjurado la fe católica, ó tenían sobre todo por objeto llegar á Compostela, principalmente para apoderarse de ella y destruirla, fué sustraído entonces á la antigua guardia del arzobispado y escondido en un lugar tan secreto que en los siglos siguientes los fieles lo desconocieron por completo.

»Se sabía, sin embargo, por la historia que las reliquias no habían sido sacadas nunca de la capilla mayor de la basílica, y al mismo tiempo una segura y constante tradición, conservada hasta nuestros días, daba la certeza de que habían sido conservadas en el ábside de dicha capilla.

»Como el actual arzobispo de Compostela, el Emmo. y Rdm. Cardenal Miguel Payá y Rico, se ha consagrado desde hace algunos años á la obra excelente de restaurar esta basílica, con esta ocasión maduró en su pensamiento el piadoso consejo de buscar dónde estaban ocultos los restos de Santiago Apóstol, y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Para lograr este objeto, bajo la dirección de hombres hábiles y constituidos en dignidad eclesiástica, elegidos por él, todo fué explorado por los obreros debajo y alrededor del altar mayor; pero el trabajo fué vano. Finalmente, en el centro del ábside de la capilla, detrás del altar mayor, se encontró una caja hecha de piedras y ladrillos, en la que se hallaban huesos pertenecientes á tres esqueletos del sexo masculino. Sobre todos estos descubrimientos, el Emmo. y Rdm. Cardenal Arzobispo, después de haber pedido el parecer de personas competentes, estableció el debido proceso.

»Se preguntó el Emmo. y Rdm. Prelado si del descubrimiento de estos huesos resultaba la identidad del cuerpo de Santiago el Mayor, Apóstol, y de sus discípulos Atanasio y Teodoro. Considerado todo lo que era necesario considerar, pronunció un juicio afirmativo. En seguida envió á Roma los actos del proceso y su sustancia, á fin de someterlos al juicio supremo del Soberano Pontífice y de hacer confirmar su sentencia por la autoridad apostólica. Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII confió á una Comisión especial de la C. de S. Ritos el examen de este grave asunto.

»En una reunión celebrada en el Vaticano el 20 de Mayo de este año, el Papa dió esta contestación: *Dilata et ad mentem*. Debían dilucidarse algunas dificultades de grave importancia. Nuestro Santo Padre envió entonces á Compostela al Rdo. P. don Agustín Caprara, promovedor de la fe, á fin de que lo examinara todo, llevara á cabo una información y diera dictamen. Vuelto á Roma, redactó un dictamen muy detallado, cumpliendo perfectamente su misión.

»Así, una reunión de la misma Comisión, celebrada el 19 de Julio en el Vaticano, contestó á la duda: «La sentencia dada por el Emmo. y Rdm. Sr. Arzobispo de Compostela sobre la identidad de las reliquias que han sido descubiertas en el centro del ábside del altar mayor de la basílica metropolitana, y son atribuidas á Santiago el Mayor y á sus discípulos Atanasio y Teodoro, ¿debe ser confirmada para el caso y el efecto de que se trata?»

»Tanto los Emmos. y Rdmos. Padres Cardenales como los Prelados consultores, después de maduro examen y discusión contestaron: «Afirmativamente, la sentencia debe ser confirmada.»

»El Padre Santo ratificó la sentencia de la Congregación, la confirmó con su autoridad apostólica y ordenó que se expidieran Letras apostólicas selladas, como este decreto.

»Dado en Roma el 25 de Julio, fiesta de Santiago el Mayor, Apóstol, año 1884. — *Cardenal Bartolini*, prefecto de la S. C. de Ritos. — *Lorenzo Salvati*, secretario.

Este decreto debe ser motivo de extraordinario júbilo para toda España. Por fin los trabajos del Emmo. Cardenal Payá han sido coronados con el mayor éxito. Bendito sea Dios y el apóstol de España.

El arreglo de la cuestión religiosa en Suiza entra en un período muy favorable. La buena voluntad del Gobierno suizo, á pesar de su radicalismo, se ha manifestado en la elección de las personas encargadas de sostener por su parte las negociaciones: han sido elegidos Mr. Aepli, ministro suizo en Viena, y Mr. Peterelli, diputado en el Consejo de los Estados. Las conferencias tendrán lugar en Berna. La Santa Sede nombrará inmediatamente el delegado apostólico que la ha de representar en dicha ciudad, que será Mons. Ferrata, Prelado de mucho tino y reconocida prudencia. Como es sabido, estas negociaciones han de versar sobre el arreglo de la cuestión diocesana de Suiza, una de las que más han preocupado al Soberano Pontífice desde el momento mismo de su exaltación á la Santa Sede. El

Gobierno de Berna, que es radical, se había mostrado hasta ahora poco dispuesto á acceder á los deseos del Padre Santo; pero al fin ha triunfado la política pacífica y conciliadora de León XIII en la primera parte de la batalla que está librando.

Pero las coronas del Papa no pueden carecer de espinas. Cuando se acaba de llegar á este acuerdo, tan grato para León XIII, el Gobierno italiano le hiere con dos nuevos atentados: se ha apoderado de las dos casas generalicias de los Dominicos y Franciscanos, y ha dado ocho días á los Padres que las habitan para desalojarlas. ¿Hasta cuándo consentirá el Señor esta situación, tan triste y precaria para la capital del orbe católico?

Los anarquistas hacen grandes progresos en Alemania, á pesar de las medidas represivas del Gobierno. Ahora acaba de descubrir la policía la importación de muchas máquinas infernales que constituyen una espantosa novedad. Son máquinas con las cuales se pueden lanzar á considerable distancia proyectiles de dinamita que estallan á la caída.

Una de estas máquinas ha sido descubierta en Hamburgo, y se supone que ha sido construida en Nueva York. Este descubrimiento ha causado gran pánico en las esferas oficiales. Se pregunta contra quién ha sido enviada esta máquina. ¿Era para asesinar al Emperador? Muchos polizontes han marchado á los Estados Unidos en busca de la llave del enigma.

Así viven los Gobiernos más fuertes de este siglo: rodeados de polizontes. Y lo peor es que la policía es un paño caliente aplicado á la entraña enferma; el mal no se cura. Sin embargo, el Gobierno de Berlín algo vislumbra del remedio, pues su actitud es cada día más benévola con la Iglesia. Una de las más gratas noticias relativas á este asunto es la de que el ministro de Cultos de Prusia, Sr. Gossler, en una de sus excursiones veraniegas, ha visitado á los obispos de Hildesheim y de Fulda, y ha arreglado con ellos el restablecimiento de la Facultad de Teología de Charburgo, que fué suprimida en 1831.

Por este camino encontrará el Gobierno de Berlín medicinas eficaces contra el cáncer de la demagogía.

El descubrimiento del último complot contra la vida del Zar ha dado á conocer los nombres de los principales agentes del nihilismo en San Petersburgo y otras noticias importantísimas sobre el complot de Varsovia. Si la policía rusa no estuviese tan corrompida, ésta sería ocasión favorable para dar un golpe tremendo al nihilismo; pero ni la policía es como debe ser, ni las autoridades se atreven á tomar medidas radicales contra la anarquía, que obra prevaleciendo del miedo que infunde á todos.

Por de pronto es cierto que se han hecho muchas prisiones. Veremos si el castigo es tan ejemplar como se merece la perversión y tenacidad de los nihilistas rusos.

La *Gaceta de Moscou*, órgano del Sr. Katkof, anuncia formalmente que Rusia y Alemania han terminado un convenio relativo á la persecución de los anarquistas. Según este convenio, los súbditos rusos sólo podrán permanecer en Berlín cuando lleven un pasaporte en el cual se indique el objeto y la duración de su permanencia. Estos pasaportes deberán ser revisado por el embajador de Alemania en San Petersburgo, ó por los cónsules alemanes en las otras ciudades del Imperio ruso.

El sultán de Turquía acaba de conceder la más alta condecoración del Imperio al Patriarca de los armenios católicos, Mons. Azarián, que es un apóstol de inagotable actividad y celo.

Es la primera vez que se concede este honor á un Prelado católico, por lo cual el hecho ha causado gran sensación. Esto prueba la benevolencia con que la Puerta trata á los católicos. También es testimonio de ella lo mucho que las autoridades turcas favorecen las conversiones de los cismáticos á la Iglesia católica. Los búlgaros, los griegos y los armenios cismáticos dan un gran contingente de conversiones al Catolicismo.

La aplicación de esta conducta del Gobierno turco es fácil: éste sabe que los católicos son mejores súbditos que los cismáticos, y además comprende que, favoreciendo á los católicos, no han de unirse éstos con la Rusia cismática para destruir el Imperio. La política inspira al Gobierno turco mejores ideas que á los Gobiernos cristianos de Europa.

En Buenos-Aires ha estallado un conflicto entre el Gobierno, que es masón, y las autoridades eclesiásticas. Habiendo el Vicario de Córdoba dado una pastoral, que fué considerada como un programa de acción para los católicos, el Gobierno por sí y ante sí lo ha destituido. El Vicario niega al Gobierno de-

recho para destituirle, y la cuestión ha sido llevada al Congreso. Si la decisión de éste no repara los derechos de la Iglesia, es casi segura la marcha del Nuncio.

Con motivo de esta cuestión los ánimos están muy agitados, ora en favor, ora en contra del Gobierno y del Vicario.

Esto prueba que las cuestiones religiosas gozan siempre el privilegio de anular todas las demás, hoy lo mismo que en la Edad Media.

M. RIERA.

LA FE DEL DÍA



NGO que volver á hablar de las virtudes del pueblo de Madrid.

Dirán ustedes que es mucho machacar; que ya están cansados de mis entusiastas ditirambos y de mis hiperbólicos elogios al pueblo madrileño.

Hasta serán ustedes capaces de echarme una peluca... ¡qué más quisiera yo, que las gasto en todo tiempo! porque parece como que trato de deprimir á los demás pueblos, considerándoles menos adelantados que la Corte en esto que pudiéramos llamar *industria virtuosa ó piedad suntuaria*.

Pero yo no tengo la culpa de que la capital de España ejerza con justo título, si no el monopolio, la supremacía al menos de las virtudes; sin negar por eso que otras poblaciones de menos importancia posean también sus virtudes rústicas y urbanas, pero que no pueden competir en el mercado con los productos de la fabricación madrileña. *Suum cuique*.

No trato de rebajar las manufacturas virtuosas de ninguna otra procedencia, sino de consignar un hecho. Sea porque aquí tenemos mayores facilidades para obtener las primeras materias, sea porque la mano de obra resulte más económica en razón á la mayor concurrencia, ó porque, prescindiendo de la calidad del artículo, nos damos mejor maña para presentarle concluido, es lo cierto que las virtudes cortesanas acusan, en el balance mercantil de las buenas acciones, una cifra de exportación y de consumo muy superior á las virtudes rurales de confección provinciana.

Ya he tenido ocasión de ofrecer á ustedes, en el baratillo de las décadas anteriores, un pequeño muestrario del género *caridad* en sus variedades más en boga. Hoy traigo en mi caja de buhonero algunos *échantillons* de otro producto no menos rico ni menos abundante que aquél: la *fe*.

Pero debo hacer, respecto de esta virtud fabril, la misma declaración que hice al tratar de la *caridad*. La fe moderna, la fe corriente, la fe madrileña no se encierra en los viejos moldes ni se teje en los vetustos telares de los tiempos oscurantistas.

No, no se trata precisamente de la fe cristiana, de la fe á macha martillo, de aquella que profesaban nuestros abuelos y con la cual emprendían tranquilos el camino del cielo sin tener que calentarse la cabeza. Esa fe que se condensa en estas cinco palabras: *creer lo que no vimos*, es muy buena en su clase, y hasta la usa á diario la gente de ahora; pero sin prescindir de ella en absoluto y aceptándola como se aceptan los hechos consumados, la hemos dado una forma más en armonía con el medio social en que vivimos.

De esta presión á que la hemos sujetado en el troquel del espíritu moderno ha resultado lo que resulta mecánicamente cuando apretamos con fuerza un cuerpo dúctil: que ha ganado en extensión lo que ha perdido en profundidad.

Conste, pues, en honra y gloria de nuestra sociedad, que no ha renegado de la fe católica que heredó de sus mayores, que sabe el *Credo* casi de memoria y que no necesita que se le recuerden sus deberes cristianos, de los cuales hace un verdadero *cumplimiento*.

Lo que hay es que, sin dejar de creer y confesar lo que cree y confiesa la santa madre Iglesia, se permite abrir algún nuevo cauce á esas corrientes ortodoxas de la fe.

Así, pues, cuando al estudiar el fondo y la forma de esta virtud cardinal en la época presente la encontremos un tanto laxa y un poco tibia, no hemos de ser intransigentes con esta pobre sociedad, ni hemos de deducir que esta fe sea en absoluto sinónimo de *descreimiento*. No, señores, no falta fe en nuestros tiempos; lo que sucede es que la hemos hecho más acomodaticia, que la hemos desamortizado, que la hemos dado más ancha base para armonizarla con su hermana la *caridad*.

Yo lo observo en este católico pueblo de Madrid, que algunos tienen por escéptico, calumniando sus honrados sentimientos. Nunca ha habido más cantidad de fe que ahora, así en la clase elevada, como en la clase media, como en la clase proletaria.

Y esa plétora de fe es la que permite que, después de hacer un gran consumo en Astete, Ripalda y Mazo, resulte todavía un remanente para exportarle más allá de esas fronteras del cristianismo.

Conozco á una señora del más puro abolengo aristocrático, cuyo nombre no cito por no ofender su modestia. Tiene cincuenta años y un hotel bastante más joven; posee un talento de algún valer y unos brillantes que valen aun más que su talento; es morena, elegante, católica apostólica romana y... andaluza por más señas.

No tiene marido, ni hijos, ni deudos cercanos, ni deudas próximas ni remotas; vive desahogadamente de sus rentas, que destina á los pobres después de su muerte; frecuenta el gran mundo y todas las iglesias de Madrid donde hay algo *nuevo* que ver; abomina de la impiedad y de los dramas de Eche-garay; rinde culto á la moral y á la moda; lee *La Epoca* y la vida del santo del día... En fin, que es una dama sin tacha, llena de perfumes ingleses y de fe cristiana. Lo de los perfumes salta al olfato de cien leguas, y lo de la fe lo sabe todo el mundo, puesto que la poseedora á todo el mundo lo cuenta.

No hace muchos días tuve la honra de visitarla, y naturalmente, la conversación recayó sobre el cólera: no hay otro tema de mes y medio á esta parte.

— ¿Qué opina usted — me preguntó — acerca de ese terrible azote? ¿Cree usted que vendrá á España?

— Yo, señora — la contesté — no tengo motivos para negarlo ni para afirmarlo; espero, sin embargo, que Dios querrá librarnos de esa calamidad, ya que no por nuestros merecimientos, por un rasgo de su divina misericordia.

— Pues yo tengo más fe que usted; estoy segura, segurísima, de que no vendrá.

— Respeto mucho la creencia de usted, sobre todo si está fundada en la fe cristiana; pero me gustaría más oírle decir que no teme al cólera asiático porque su fe cristiana la infunde un gran espíritu de resignación y de ciega obediencia á los decretos del Altísimo...

— No, señor, no es eso lo que quiero decir; yo tengo mucho miedo al cólera, pero mucho, y á pesar de ello estoy en la firmísima convicción de que no llegará á España.

— Y ¿en qué se funda ese convencimiento?

— Eso sería muy largo de contar, y aun temo que, después de explicárselo á usted, no se daría por convencido.

— Si quisiera usted intentarlo... ¿Quién sabe hasta qué punto podrían convencerme sus razonamientos?

— Pues bien, óigame usted con atención, y trataré de infundirle la misma confianza que yo abrigó sobre este punto desde que he oído á un sabio eminente, que ha consagrado gran parte de su vida al estudio de esa cruel enfermedad.

Esta línea de puntos suspensivos, queridos lectores, representa hora y media de explicación, en parte vulgar, en parte técnica, que tuve que sopor-tar heroicamente; y puedo asegurar que con tal motivo pude convencerme, no de que el cólera morbo asiático dejará de invadirnos, sino de que mi galantería es una galantería blindada cuando resistió á semejante bombardeo.

Imposible dar á ustedes idea de la serie de hipótesis (que para la señora serán otros tantos principios inconcusos) que desenvolvió en aquellos noventa minutos, ni recordar los datos estadísticos que adujo, ni las razones científicas en que apoyó sus conclusiones, todas encaminadas á demostrar que, al menos por esta vez, se verá libre España (feliz é independiente) de la visita del cólera, por más que se haya asomado á nuestras puertas.

Cuando terminó aquella verdadera invasión de palabrería, aquella verdadera peste de razonamientos fulminantes, me atreví á decirle:

— ¿Y sólo en la opinión de ese doctor eminente funda usted su creencia de que no nos pedirá hospitalidad el viajero del Ganges?

— Tengo una fe ciega en él.

— Pero yo tengo también mis hipótesis, aunque no tenga tanta fe como usted en los hombres de ciencia. Supongamos que ese señor se equivoca... No es más que una hipótesis. Supongamos ¡y Dios nos libre de que se realice esta otra hipótesis! que el cólera se nos mete en casa...

— En tal caso no sería yo quien le esperase en Madrid, téngalo usted por seguro.

— ¿A pesar de la fe cristiana de que tanto blasona usted?

— Ya lo creo que tengo fe; pero la fe no nos manda que afrontemos un peligro inminente cuando podemos huir de él...

La conversación, después de esto, varió de rumbo, y yo me retiré encantado de la fe de aquella aristocrática dama.

Conozco también a otra señora que idolatra a su esposo y a sus hijos. Con frecuencia me dice que considera imposible poder sobrevivir a la pérdida de estos objetos queridos. Y como es buena cristiana y tiene una gran fe, cada vez que alguno de ellos siente la más pequeña indisposición se encomienda a todos los santos y santas de la corte celestial (después de llamar al médico, por supuesto), y si el mal se agrava algún tanto ofrece una novena a la Virgen y manda decir misas, e invita a todos sus amigos y conocidos a que asistan a estos actos religiosos.

Esta mañana elogiaba yo los sentimientos piadosos de dicha señora delante de una amiga suya, y la presentaba como un modelo de fe católica.

— ¡Ah! Sí, señor — me decía la amiga — es una santa. Recuerdo cuando su niño Eduardito estuvo tan enfermo que todos creíamos que se moría, y así lo habían dicho los médicos... Solo ella, puesta su confianza en Dios, aseguraba que se curaría su hijo... y se curó. No se equivocó la gitana.

— ¿Qué gitana?

— ¿Pues qué, no lo sabe usted? Un día, al salir de San Luis, adonde acudía por mañana y tarde a pedir a Dios la salud de su hijo, tuvo la corazonada de ir a consultar a una mujer que echaba las cartas, y de quien yo la había hablado por referencias de mi criada Felipa. Aquella mujer la prometió que el niño sanaría, y lo cierto es que desde el día siguiente Eduardito empezó a aliviarse, y antes de una semana estaba en convalecencia...

— Sí, sí, ya veo que la fe de Doña X. es mayor aún de lo que yo me había figurado.

— Crea usted, Sr. D. Blas, que, por más que digan, hay todavía buenos cristianos y almas virtuosas. Yo no niego que en Madrid hay mucho malo, pero hay también mucho bueno; sino que lo malo hace ruido y llama la atención, al paso que lo bueno está metidito en su concha y nadie lo ve.

— Pueda ser que tenga usted razón.

— Ya lo creo; y a propósito le contaré a usted cosas del pueblo bajo de Madrid que le convencerán de lo que le digo...

— Bien, bien; me las contará usted otro día, porque hoy estoy de prisa y no me encuentro bien de salud, por cuya causa habré de salir del paso de cualquier modo con mis pacientes lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

BLAS.

LOS GRABADOS

LA SANTA CASA DE LORETO

Hemos recibido la carta con que el venerable obispo de Loreto y Recanati invita a los católicos de toda la cristiandad a la celebración del séptimo centenario de la feliz transacción al collado de Loreto en Italia, por manos de ángeles, de la Santa Casa de Nazareth, *in qua Verbum caro factum est*. Con este precioso documento vienen a nuestras manos otra carta del Rdo. Fr. Pedro Capuchino María de Málaga, y el acta de erección canónica de la "Asociación o Pía Unión de la Santa Casa", creada con objeto del dicho Centenario y encomendada a la dirección de los PP. Capuchinos, a quienes está confiada la custodia de la Santa Casa. El Rdo. Fr. Pedro de Málaga ha sido nombrado Prefecto de la Asociación, y como tal nos escribe recomendándonos la obra, "que tiene por objeto principal, dice, el reunir a las almas piadosas de todos los pueblos, ovejas predilectas de la Pastora Divina, alrededor del más delicioso aprisco que Ella ama sobre la tierra, cual es ésta su celestial mansión, donde durante tantos años moró en compañía de su Hijo dilectísimo, el Cordero Divino Cristo Jesús...

El venerable Obispo nos dice por su parte, hablando del Centenario, que ha pensado celebrarlo de un modo duradero y solemne, llevando a cabo los trabajos necesarios para el ornato interior de la gran basilica Lauretana, la cual, aunque espléndida, deja en este punto mucho que desear. En primer lugar se pondrá en su primitivo estado y forma la capilla transversal, que está situada a la mano derecha de la Santa Casa; siguiendo en seguida los trabajos necesarios hasta que, con la debida decencia queden adornadas y revestidas las paredes, pilastras y sacristías que circundan la Santa Casa con dependencia de la misma, guardando en su conjunto el estilo y orden artístico del siglo XV.

Para estas obras cuantiosas el Prelado cuenta sólo con las limosnas de los fieles, y nos invita a excitar la piedad de los españoles en su favor, contando con la proverbial devoción nuestra a la bendita Madre de Dios. Todas las limosnas pueden dirigirse al Sr. D. José Oriol Dodero, vecino de Barcelona, calle del Pino, núm. 7, el cual está autorizado para recogerlas. Es un católico fervoroso, de grande respetabilidad y arraigo para el trabajo de colector que se le confía.

Digamos ahora dos palabras acerca de la Santa Casa. Por el año de 1294 los infieles entraron a fuego y sangre en los Lugares Santos y destruyeron a Nazareth, arruinando la casita de Santa Ana, sin dejar en pie más que la habitación sagrada donde la Virgen nació, donde el Verbo de Dios se hizo carne, donde trabajaron y vivieron muchos años Jesús, María y José. Entonces los ángeles, movidos a indignación con tan horrible profanación, arrancaron la

Santa Casa, o más bien esa habitación, y la trasladaron a un lugar de Dalmacia, donde aun quedan vestigios. De allí, donde no era venerada, fué trasladada una noche a un lugar de la Marca de Ancona, y aquí comenzaron a venir a visitarla tantos peregrinos que excitaban la codicia de los muchos bandidos que infestaban el país por aquel tiempo. Entonces se alzó de nuevo la Santa Casa y se trasladó al interior de una aldea, no lejos del lugar que hoy ocupa; pero habiéndose promovido un pleito entre dos hermanos sobre la propiedad del terreno, la Santa Casa se alzó otra vez y vino a posarse al sitio que hoy ocupa. Por este tiempo San Nicolás de Tolentino tubo revelación de que aquella era la casa de Nazareth, y la Iglesia, abierta minuciosa información, declaró su autenticidad, que nadie se ha atrevido a poner en duda.

Sixto V mandó edificar una gran basilica en torno de la Santa Casa, la cual, sin suelo ni cimientos se halla debajo de la gran cúpula, como la Porciúncula de Santa María de los Angeles. La piedad vistió el exterior de la Santa Casa con riquísimos mármoles de Carrara, y le adornó con columnas corintias, ornacinas, estatuas de los apóstoles y Sibilas, y bajo-relieves de Santucci, Sansovino, Lombardo, Bandinelli, Della Porta, Rafael de Montelupo, Tribolo, Juan de Bolonia y otros.

Entrase en la Santa Casa por puertas abiertas en los extremos de las dos paredes más largas. Los muros son de piedras sin labrar. El techo era de madera, y hubo que levantarlo porque la multitud que continuamente llenaba la habitación sagrada no podía respirar en recinto tan reducido. A todas horas brillan en el altar innumerables lámparas y candelabros, delante de la imagen de cedro que vino con la casa. Napoleón I se la llevó a París, con grandísimas riquezas acumuladas en aquel lugar por la devoción há muchos siglos. Las riquezas en París se quedaron, la imagen de la Virgen fué devuelta el año 14. En un reducidísimo camarín que hay detrás del altar se conservan, entre otras reliquias, dos campanitas que vinieron con la casa, un pobrisimo plato, adornado hoy con piedras preciosas, y un pedazo del manto de la Virgen.

DR. D. BARTOLOMÉ BEATO

Vicerrector y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la universidad de Salamanca.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA es el periódico llamado en España a destruir, en cuanto quepa, la conspiración del silencio con que la Revolución combate a los católicos sabios y beneméritos. Por eso paga hoy merecido tributo al señor Beato, humilde pero docto catedrático de Filosofía y católico ejemplar digno de todo respeto.

Nació de padres humildes el año 1811 en Ledesma, provincia de Salamanca. Escrupulosos aquéllos por el adelanto de sus hijos, estudiaban diligentemente las inclinaciones de cada uno de ellos y hacían esfuerzos por encaminarlos con arreglo a las mismas. En el que ven nuestros lectores no tardaron en descubrir, aun de muy niño, que su entendimiento era claro, y que sus condiciones de carácter, al par que su laboriosidad, le habían de colocar en condiciones para aspirar al justo título de virtuoso y sabio varón. No se equivocaron en su juicio los diligentes ancianos.

Al efecto le mandaron al seminario de Salamanca a estudiar gramática latina; y habiéndose distinguido por su aprovechamiento desde los comienzos, se le concedió beca de gracia para continuar sus estudios, prueba clara que el joven estudiante entendió la situación nada desahogada de sus padres. Obtenido este primer lauro por mérito literario y científico, escrupuloso de sí mismo siguió sus estudios con noble e imitable tesón, conservando siempre sus censuras de *meritissimus* hasta los últimos años de sagrada Teología, y habiendo recibido pruebas de extraordinario cariño de todos sus maestros, pero muy en especial del Eminentísimo Sr. Cardenal D. Miguel García Cuesta, como más adelante veremos. El Sr. Beato, por humildad, sin duda, no se decidió a recibir órdenes; pero sus superiores, deseando aprovechar su humildad y sus conocimientos, le nombraron catedrático del Seminario, y excusado será decir los nobilísimos esfuerzos del nuevo maestro y el aprecio que se granjeó de compañeros y discípulos: basta verle sentado en la silla que habían ocupado infinidad de sabios durante largo tiempo y el sentimiento general al verle salir de este centro de enseñanza, para sembrar en más amplia esfera los sazonados frutos que él recogiera. El ánimo del Sr. Sánchez, siempre noble y generoso tratándose de la ciencia, deseaba espacio ancho y voluntades firmes. Se afanó, pues, por buscar estos medios, que eran de vida para él, y al efecto se dedicó a la enseñanza privada, rodeándose de jóvenes, entre los que halló algunos de buena voluntad, y a los cuales, a costa de sudores suyos, pagaba cuanto necesitaban para sus carreras, obteniendo por este medio ejemplares y sabios sacerdotes. Continuaba sus tareas, gratísimas a su activo espíritu, y el 10 de Setiembre de 1846 se le dió el título de Regente de segunda clase, que aceptó, en virtud del que se le encomendaba el desempeño de la clase de Lógica en el instituto de Salamanca; y con tal acierto y rectitud de sentido la desempeñó, que bien pronto se hizo merecedor de que se le añadieran a este nombramiento el de Regente también de la clase de Religión y Moral en el mismo Instituto y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. En esta situación, anunciadas para proveerse por oposición cátedras de latín y castellano, se presentó como opositor y se le dió la del Instituto de Huesca, mereciendo sus ejercicios unánimes elogios de los jueces mismos que componían el tribunal. Desempeñaba su cátedra de latín por los años 1847 y 48 con sin igual celo, y el 1849, reorganizada la enseñanza, sus méritos le colocaron en condiciones para aspirar a cátedra de Facultad, y al efecto el 31 de Agosto de 1849 se le dió el título de catedrático

de Filosofía y su historia para la universidad de Santiago.

Una vez en posesión de la cátedra de Filosofía, que había sido su ideal de siempre, dedicóse con todo empeño a extender sus conocimientos y sus virtudes en la cátedra y fuera de ella; y como si esto no fuera bastante para su espíritu, ambicioso del saber, simultaneaba sus enseñanzas con estudios de Jurisprudencia y Literatura, hasta obtener, con la censura de *sobresaliente* los títulos respectivos, no sin que, siendo maestro, asistiera como el último discípulo a cada una de las clases en que se matriculaba. El Emmo. Cardenal Sr. Cuesta, que había sido su maestro y en aquel entonces regía el arzobispado de Santiago, contemplaba silencioso y dominado de noble orgullo el digno proceder de su discípulo predilecto, a quien premió poco después con el nombramiento de Fiscal eclesiástico compostelano, y cuyo cargo desempeñó con grandísimo acierto y cordura. Este nuevo triunfo le proporcionó medios para ponerse más en comunicación con diversas clases sociales, que él no desechó; antes, por el contrario, se valió de ellas para crear escuelas gratuitas que dirigía él mismo, sembrando abundantes virtudes que aun florecen en la compostelana tierra, como lo demuestran el que tan luego como en ella se supo su muerte, los periódicos locales le dedicaron sentidas frases de consuelo para su doliente familia, ya que le siga el infortunio en que los sabios suelen dejarlas aquí en este mundo de prueba para el mortal.

Deseaba el Sr. Beato más, y más hizo. Ni sus explicaciones como maestro; ni sus lecciones como discípulo; ni después los múltiples asuntos eclesiásticos impidieron que en unión con caros amigos reorganizara la Conferencia de San Vicente de Paul, de que fué Presidente, dando en ella ejemplo de su celo en la puntualidad con que asistió siempre a sus sesiones y de amor a los pobres en la solicitud o interés con que los visitaba y consolaba, por lo que resuena aún en sus espíritus la voz amiga y cariñosa del Sr. Beato.

Cualquiera creería no encontrar tiempo hábil para mayores cosas; pero admírese el lector. El Sr. Beato tuvo aún el suficiente para concebir entonces un vasto proyecto científico, que realizó en parte en su primer tomo de Filosofía especulativa, y cuyo segundo, que está por terminar, se procurará concluir con ayuda de sus apuntes. Además escribió un libro de Psicología, Lógica y Ética, que sirve de texto en muchos Institutos, y un tratado de Teórica y Antropología de relevante mérito filosófico. Por este tiempo fué juez de oposiciones diecisiete veces, entre las que estuvo nombrado para juzgar a los opositores a la clase de Metafísica de la Universidad central, no habiendo asistido por las "malas condiciones de salubridad en que estaba Madrid."

En estas tareas le sorprendió la supresión de la Facultad de Filosofía y Letras de Santiago, donde era Decano, que fué el motivo con que fué trasladado a igual clase de Sevilla (con dolor de las compostelanos), en donde prestó su apoyo para la fundación de la Universidad católica sevillana, que poco tiempo después se disolvió. Bien pudo en este tiempo el señor Beato tener justas aspiraciones; pero su espíritu de humildad no le permitió semejantes cosas, y no tuvo inconveniente en pedir traslado para Salamanca, que fué a enseñar Historia Universal y de donde fué nombrado Vicerrector y Decano de Filosofía y Letras, y finalmente, condecorado con la encomienda de número, libre de gastos, de la real y distinguida Orden española de Isabel la Católica.

Cansada la naturaleza, aunque rebelde a la enfermedad, asistía a clase fatigado muchas veces; pero mirando con indiferencia los achaques de la vida, hacíase frente y se sabía imponer a sí mismo del mismo modo que a los que enseñaba, como lo prueban este dicho de un su discípulo predilecto: "Era tan constante y tenaz como clara y original su doctrina, imponiéndose como simple hombre y como hombre sabio." Al fin el 27 de Julio del presente año rindió valerosa y cristianamente su espíritu a Dios, perdiendo su esposa un esposo cariñoso, sus hijos un amantísimo padre, sus amigos un fiel y desinteresado consejero, las ciencias uno de sus más aguerridos campeones.

Descanse en paz el varón justo, y, como discípulo suyo, óigame el saludo que al través de los espacios le dirijo al cielo, que esa será su morada. — M. R. S.

LA CONFIDENCIA

Cuadro de Messonier.

Uno de los pintores más de moda que hay hoy en París, y a quien la moda le ha hecho opulento, es el autor de este cuadro, el famoso Messonier.

El mérito principal de este pintor consiste en una gran delicadeza de detalles, en una gracia singular de colorido, y en la ligereza y novedad de sus composiciones, todos ó casi todos de los llamados cuadros de género.

La Confidencia es un cuadro en que con escasos elementos el pintor ha sabido hacer una composición interesante y agradable. Sin embargo, el grabado no puede dar idea de su principal mérito, que consiste en el colorido y en la minuciosa prolijidad de los detalles.

Messonier no es de la raza de los antiguos maestros, sino de la que responde a las exigencias de nuestro tiempo.

Más que un pintor de catedrales es un pintor de abanicos.

EL GENERAL GORDON

Bloqueado en Kartúm por los insurrectos de Egipto.

La figura de este bravo militar está inspirando vivas simpatías en Europa. Lanzado al fondo del Sudán para dominar la insurrección, seis ó siete meses hace que quedó cerrado en Kartúm, sin que sepan nada acerca de su situación en medio de las tropas de Madhi, en un país completamente sublevado. El Gobierno inglés ha dejado pasar tiempo sin ir en su socorro, y ahora, mientras dure la presente estación, es

imposible por el rigor del clima, funestísimo á los europeos. ¿Se llegará tarde?

El general Gordon tiene cincuenta y seis años, es de una familia ilustre y se ha distinguido siempre por su lealtad y bravura. Se hace más simpático á nuestros ojos el ser católico. Ojalá lleguen á tiempo los socorros que con una calma enteramente británica prepara para salvarle el Gobierno de Londres. Europa entera recibirá con júbilo la noticia de su liberación.

HOJAS DE UNA PASTORAL

El que acaba de dirigir á sus diocesanos el Sr. Obispo de Oviedo, nuestro antiguo colaborador y amigo respetabilísimo, tomamos los siguientes párrafos, no copiándola toda por su extensión, como quisiéramos en atención á su mérito.

III

«Semejantes han de ser los pensamientos que regulen la conducta del hijo de la ley de gracia, no sólo en los acontecimientos públicos y ruidosos, sino en las circunstancias todas de su vida, en sus prosperidades y en sus desgracias, en sus alegrías y en sus dolores. Dios se ocupa con el mismo amor en la suerte de un niño pobre y desvalido, que en la de un vasto Imperio. Oid como prueba unas palabras de los libros santos: El mismo Dios que *libró á Israel, al pueblo justo, y al linaje irreprochable de las naciones que le oprimían* ¹, no desamparó al justo José, vendido por sus hermanos; antes lo libró de los pecadores y descendió con él al hoyo; ni le desamparó en las prisiones, sino que le dió el bastón del reino y el poder contra aquellos que le habían deprimido; y convenció de mentirosos á los que le habían infamado, y procuró-le una gloria eterna ².

«Llegó más tarde la plenitud de los tiempos ³; el mundo contaba con multitud de hombres célebres que le llenaban con el brillo y la gloria de su nombre. Era el siglo de Augusto, el siglo de la elocuencia, del genio, del poderío militar, y las predilecciones de la Trinidad beatísima, y los pensamientos del cielo se concentraron, no en esas grandezas de la tierra, sino en una pobre doncella que vivía desconocida en un rincón de Judea. El ángel la saluda llena de gracia y bendita entre todas las mujeres ⁴, y con ella trata Dios del misterio de la Encarnación del Verbo y de la regeneración del humano linaje.

«Ni penséis, hermanos é hijos míos, que sólo las almas privilegiadas y los santos de virtudes heroicas son objeto de los atenciones amorosas de la Providencia. El Salvador nos hace ver, por el contrario, que nada se escapa á su ojo paternal. Hé aquí sus palabras: *¿No veís que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues, que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros* ⁵. ¿Qué dulce confianza inspira al hombre justo esa certidumbre de la fe, de que todos los sucesos de su vida están dirigidos por un poder, una sabiduría y una bondad infinitas, sin que haya presunción en semejante pensamiento! Dios mismo nos ha revelado estas verdades, añadiendo que nos ha creado para unirnos á sí, para adoptarnos en su hijo Jesucristo y para hacernos felices con su propia felicidad.

«¿Con qué profunda compasión, amados hermanos é hijos míos, debéis de contemplar desde las alturas adonde os levanta vuestra fe esas rivalidades de amor propio, esas luchas de ambición, esas querellas sangrientas que dividen las fuerzas de muchos cristianos sólo por el prurito de obtener un poder ó una influencia efímera? ¿Con qué ojo habéis de mirar las grandezas humanas, ambicionadas y proseguídas por los hijos del siglo? Las riquezas, la protección, el favor, la popularidad, son bienes secundarios que el cristiano acepta con reconocimiento pero que no mendiga, degradándose de su condición nobilísima de heredero presunto del reino de Dios, ni desconsolándose porque no llegue á obtenerlos. Comprende su dignidad y la respeta; y mientras que el ambicioso se hace esclavo de mil señores tan sólo por aspirar una vana sombra ó por llegar á honores de un día, goza el hijo de Dios de la verdadera libertad, de la noble y santa independencia que le da la fe. Sabe que una sola gracia vale más que el universo entero ⁶, y que por cada acción que haga en caridad merece gracias para el tiempo y gloria para la eter-

nidad. Y penetrado de este pensamiento, mide con una mirada la tierra, la compara con la inmensidad de sus deseos y la encuentra demasiado pequeña; porque todos los honores del mundo no son precio bastante de los trabajos de que es Dios la recompensa infinitamente grande: *Ego merces tua magna nimis* ¹. Cualquier gloria parece pequeña al que aspira á la gloria de Dios, sin afligirse porque el mundo no aprecie sus méritos, desconozca sus servicios, calumnie sus intenciones y pague con ingratitud sus sacrificios. ¿Por ventura se ha propuesto agradar á las criaturas ni conseguir sus recompensas? Sea Dios servido, merezcan nuestras obras la aprobación de Jesucristo y de nuestra conciencia, y podremos exclamar con el Apóstol: *Muy poco se me da el ser juzgado por vosotros, ó en cualquier juicio humano... pues el que me juzga es el Señor. Qui enim judicat me Dominus est* ². A ese tribunal supremo hemos de apelar de las injusticias de los juicios de los hombres, de su indiferencia y de su odio, convencidos de que es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios ³, y de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros ⁴ para ser su premio; las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles. Porque las cosas que se ven son transitorias; mas las que no se ven son eternas ⁵.

«Porque no tenemos aquí ciudad permanente ⁶ los días de nuestra peregrinación son cortos y trabajosos ⁷, y debemos procurar con todo el ardor de nuestras almas arribar á esa otra casa no hecha de mano del hombre, y que durará eternamente, y suspirar deseando la sobrevestidura de la gloria ⁸. El corazón del cristiano está en el cielo; Dios sólo es su tesoro ⁹. Así la muerte es para él el fin del destierro, el principio de la vida y de la inmortalidad. Porque mi vivir, dice aún el Apóstol, es Cristo, y el morir una ganancia ¹⁰. Sin duda, hermanos é hijos míos, el estipendio del pecado es la muerte ¹¹; porque no es Dios quien la hizo ¹², sino que los ímpios con sus hechos y palabras la llamaron ¹³, y por la envidia del diablo entró en el mundo ¹⁴; mas para el justo, animado de fe viva y habituado á vivir de su fe santa, desaparecen esos puntos de vista y no ve en la muerte más que la entrada en la verdadera tierra prometida, en la patria celestial, el único medio para llegar á la dicha que constantemente le solicita.

«Vosotros creéis todas estas verdades, porque todas están contenidas en las Santas Escrituras; empero, ¿os penetráis siempre de su espíritu y procuráis que vuestra vida sea el reflejo de vuestra fe?

«¡Ah! Os alarmáis muchas veces, y con sobrado motivo, porque la incredulidad hace estragos en las masas, y porque un pueblo inculto y falto de fe en las recompensas celestiales ruge como las fieras de Numidia pidiendo su parte en el festín de la vida presente; y ¿no os alarma la languidez de la fe en las almas que conservan aún el depósito de las creencias católicas? Sin hablar de los cristianos que, ó no cumplen, ó cumplen de mala gana con los deberes esenciales é indispensables del Cristianismo, ¿cuántas almas hay que se creen piadosas, y cuya conducta, examinada á la luz de las verdades que acabo de apuntar, sólo tiene las prácticas exteriores de la piedad?

«Todos creéis que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios y hombre, mediador entre los hombres y Dios ¹⁵; todos le adoráis humilde y pobre en el pesebre, paciente en su pasión acerbísima y muerto en el leño de la cruz. ¿Creéis todos, sin embargo, que son bienaventurados los que son como Él pobres, los que lloran, los que padecen, los que tienen hambre y sed ¹⁶? ¿Con cuánto afán huís del dolor y de las humillaciones, con qué asco miráis la pobreza, y qué actividad desplegáis para amontonar riquezas y rodear de comodidades á una vida de pocos días! Y sin embargo, Jesucristo dijo: *¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que andáis hartos, porque sufriréis hambre! ¡Ay*

de vosotros los que reís, porque os lamentaréis y lloraréis ¹! Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros; alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos ².

IV

«No os parezca demasiado, amados hijos míos, que os inculque estas verdades al verme llamado por Dios, aunque sin mérito propio de ningún valer para regir la Iglesia ovetense ³. Los apóstoles, que fueron los primeros Obispos de la grey cristiana, no infundieron otros alientos, ni inspiraron otros consuelos á los primeros fieles. Carísimos, les decía San Pedro, cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien alegraos de ser participantes de la pasión de Cristo, para que, cuando se descubra su gloria, os regocijéis también con Él llenos de júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados: porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu mismo reposa sobre vosotros ⁴. Pues el mérito está en sufrir uno, por respeto á Dios que le ve, penas padecidas injustamente... en esto está el mérito para con Dios; que para esto fuisteis llamados ⁵. Tened, hermanos míos, continúa Santiago, por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones; bienaventurado aquel hombre que sufre la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman ⁶. Ea, pues, ¡oh ricos! llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos. Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido, y el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días ⁷. San Pablo pone el sello á esta predicación añadiendo: *Se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en Cristo, sino de padecer por su amor* ⁸; porque habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo; el cual, teniendo la naturaleza de Dios..., se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante á los hombres, y... se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz ⁹. Sigámosle, pues, nosotros cargados con el impropio de la cruz ¹⁰.

«¿Os parece extraña esta doctrina? ¡Ah! Más peregrina y hasta inconcebible habrá parecido al sentimiento carnal de los judíos y á la corrupción de costumbres de los paganos, á quienes los apóstoles la predicaron; y sin embargo, esta palabra divina—que apenas encuentra hoy eco en muchas almas degeneradas—convirtió al mundo y renovó la faz de la tierra ¹¹. ¿Os declararéis vosotros incapaces de soportar y de cumplir esas enseñanzas sublimes que San Pablo anunciaba sin vacilación á los neófitos que había apenas arrancado de las tinieblas y de las abominaciones del paganismo en que habían vivido? Si vosotros, les decía, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios: saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra, porque muertos estáis ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con Él gloriosos. Haced morir, pues, los miembros del hombre terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, las pasiones deshonradas, la concupiscencia desordenada y la avaricia, que viene á ser una idolatría ¹². Desnudaos del hombre viejo con sus acciones ¹³. Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á Dios en justicia y santidad verdadera ¹⁴.

«¿Qué doctrina tan admirable la de esta regeneración espiritual que el hombre ha de intentar y llevar á cabo por medio de la fe y de la gracia! El citado apóstol la resume en un solo versículo de su carta á los Romanos: *Por el bautismo hemos quedado sepultados con Cristo para morir, á fin de que, como Cristo resucitó de la muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida* ¹⁵.

«¡Lenguaje verdaderamente profundo! ¡Ser ente-

1 Sabiduría, cap. X, vers. 15.

2 Ibid., cap. X, vers. 13 y 14.

3 Ad Galat., cap. IV, vers. 4.

4 San Lucas, cap. I, vers. 28.

5 San Mateo, cap. X, vers. 29, 30 y 31.

6 Santo Tomás.

1 Génesis, cap. XV, vers. 1.

2 I Ad Corinth., cap. IV, vers. 3.

3 Act. Apost., cap. XIV, vers. 21.

4 Rom., cap. VIII, vers. 18.

5 II Ad Corinth., cap. IV, vers. 17 y 18.

6 Genes., cap. XLVII, vers. 9.

7 Ibid., cap. XLVII, vers. 9.

8 II Ad Corinth., cap. V, vers. 1 y 2.

9 San Mateo, cap. VI, vers. 21.

10 Ad Philipp., cap. I, vers. 21.

11 Ad Rom., cap. VI, vers. 23.

12 Sap., cap. I, vers. 13.

13 Ibid., cap. I, vers. 16.

14 Ibid., cap. II, vers. 24.

15 I Ad Timoth., cap. II, vers. 5.

16 San Mateo, cap. V.

1 San Lucas, cap. VI, vers. 24 y 25.

2 San Mateo, cap. V, vers. II y 12.

3 Act., cap. XX, vers. 28.

4 I Petr., cap. IV, vers. 12, 13 y 14.

5 I Petr., cap. II, vers. 19, 20 y 21.

6 Santiago, cap. I, vers. 2 y 12.

7 Ibid., cap. V, vers. 1, 2 y 3.

8 Ad Philipp., cap. I, vers. 29.

9 Ibid., cap. II, vers. 5-8.

10 Ad Hebr., cap. XIII, vers. 13.

11 Salmo CIII, vers. 30.

12 Ad Coloss., cap. III, vers. I-5.

13 Ibid., cap. III, vers. 9.

14 Ad Ephes., cap. IV, vers. 23 y 24.

15 Ad Rom., cap. VI, vers. 4.

rrados para morir! En muy pocas palabras se comprendían la vocación del cristiano y la extensión de los deberes impuestos por la fe recibida en el bautismo. En el orden natural se entierra á los muertos; en el orden de la gracia somos enterrados con Cristo para morir al pecado. El bautismo es la sepultura espiritual del hombre viejo, la tumba donde ha de encerrarse para siempre la culpa. *Es preciso, hijos míos, que seamos insertados en Cristo por medio de la representación de la muerte... haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con Él para que sea destruido en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos más al pecado; porque el que ha muerto ya está libre del pecado. Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo, sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez, y la muerte no tendrá ya dominio sobre Él. Porque ha muerto para destruir el pecado, y ha muerto una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Así, pues, consideraos también vosotros como muertos realmente al pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo, Señor nuestro*¹.

»El bautismo es la tumba del hombre antiguo; los que yacen en las tumbas están muertos, los muertos no pecan; luego el cristiano debe morir al pecado. Y de tal manera debe hacerlo, que no peque ya jamás; que muera á él de una vez para siempre, como Jesucristo murió una sola vez para destruirlo, y vive eternamente en la gloria de su Padre.

V

»Resumiendo, hijos míos muy amados. Si tenéis fe y ansiáis vivir de esa fe santa que os vivifique para la inmortalidad, es preciso que estéis muertos para el pecado, muertos para el mundo, muerto para vosotros mismos.—Muertos para el pecado: el apóstol San Pablo os lo ha inculcado con santa insistencia.—Muertos para el mundo. Oid al discípulo amado, al evangelista San Juan: *No queráis amar al mundo, ni las cosas mundanas; si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; lo cual no nace del Padre sino del mundo*².—Muertos para vosotros mismos: *Si alguno de los que me siguen, dice Jesucristo, no aborrece á su padre y madre, y á la mujer y á los hijos, y á los hermanos y hermanas, y aun á su vida misma, no puede ser mi discípulo*³. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Pues el que quisiere salvar su vida la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí la encontrará*⁴. Es decir, que la familia y la vida misma han de ocupar en el corazón del cristiano un lugar interior al del amor de Dios.

»Si hacemos un paralelo con el desorden de nuestra vida y esas luminosas y precisas enseñanzas de la fe, encontraremos fundados motivos para estremecernos ante el porvenir que nos aguarda. Porque lejos de estar nosotros muertos, resulta que ni queremos morir. El hombre viejo, que debíamos haber enterrado en el bautismo, permanece lleno de fuerzas y de vigor aun en las almas que tienen la dicha de abstenerse de pecados mortales, pero que vegetan frecuentemente en mil hábitos culpables de voluntaria resistencia á la gracia, de amor propio, de apego á las criaturas, al mundo y á la vanidad. No procedemos con nuevo tenor de vida⁵: creemos especulativamente, y nos conducimos como los paganos en muchas de nuestras obras. Años há que cumplimos exteriormente con todos los deberes del cristianismo, sin hallarnos á pesar de esto informados de su espíritu, puesto que los móviles de nuestros actos son vulgares y humanos, cual si no hubiéramos sido formados en la escuela del Evangelio. Las dignidades, los honores y las riquezas nos arrebatan pode-

rosamente; plácenos el brillo del nacimiento y de la posición social: buscamos las distinciones y las alabanzas, y nos falta la humildad cristiana para conformarnos con la oscuridad, las privaciones y la dependencia de nuestro estado.

»Aquella discreción que, según el testimonio de San Juan, vino á darnos el Hijo de Dios¹, se halla profundamente perturbada aun entre los fieles más edificantes. Complácense muchos ciertamente en ser asiduos al templo, en asistir á determinados ejercicios de piedad y en dar su nombre á hermandades y cofradías; pero el misterio de la crucifixión de Cristo, y de sí mismo con Cristo, es para ellos un libro sellado. Las humillaciones y los sufrimientos, verdadera piedra de toque de la piedad y devoción, es para esas almas piedra de escándalo; agrádales saborear las delicias del Tábor y rechazan de sus labios el cáliz del Calvario, y tiemblan y se asustan ante la



DR. D. BARTOLOMÉ BEATO,

Vicerréctor y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la universidad de Salamanca.

† el 27 de Junio de 1884.

posibilidad de un menosprecio ó de una sonrisa burlesca. La adversidad, la contradicción, la calumnia, la pérdida de los bienes, de la reputación y de la salud, todas esas vicisitudes en las cuales se han formado los santos y aprendido la sabiduría de la cruz, son pruebas contra las cuales se rebelan esas naturalezas débiles. Pretenden servir á Dios sin que les cueste ningún sacrificio, y entermecerse con los dolores de la Pasión sin pensar siquiera en participar de ellos, y los reveses de la fortuna los encuentran tan poco preparados como á los cristianos más tibios. Estremécense ante las revoluciones y tiemblan ante las epidemias cual si no creyesen en la Providencia, ó como si abrigasen la arrogante pretensión de ser inmortales en la tierra. Y en sus conversaciones y en sus juicios y en sus empresas hablan, piensan y obran al tenor de las máximas del mundo, estiman lo que el mundo estima, llaman bienes y males á lo que el mundo designa con este nombre, y toda su vida es contradicción perpetua de las máximas del Evangelio, á las cuales rinden culto en teoría. ¡Plegue á Dios que su temeridad no llegue á tachar de indiscreto al ministro de la palabra santa que ensaya en el púlpito ó en el confesonario llamarlos á la austeridad de la vida cristiana!

»Cuando se intenta sondar el fondo de esas almas, virtuosas á primera vista, se ve con pena cuán lejos están aún de las vías de la perfección, y cuán opues-

tos son los pensamientos de su corazón á la esencia misma y al alma del Cristianismo. Practican obras buenas, ocúpense en ejercicios de piedad, frecuentan quizá los santos Sacramentos, llevan una vida inmune de culpa grave, y carecen, sin embargo, de las primeras nociones de la vida espiritual. No comprenden la inmolación, no aman el sacrificio, no se renuncian á sí mismas; buscan ante todo y sobre todo la quietud, el sosiego, la bienandanza, y en sus proyectos de reforma y en sus planes de santificación se olvidan siempre del cimiento de toda edificación espiritual: de la muerte de la propia voluntad. No pensaba así el grande apóstol. *Estoy muerto, dice, á fin de vivir para Dios: estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí; pues la vida que vivo ahora en esta carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí*¹. Así se corresponde, hermanos

é hijos míos muy amados, al beneficio de la redención; así se paga el amor de Jesucristo; así nos lavamos y somos regenerados en la sangre del Cordero, padeciendo generosamente por nuestros pecados, ya que el Hijo de Dios padeció por los ajenos. Si, por el contrario, insistimos en halagar nuestro amor propio; si en las acciones más santas nos buscamos y nos encontramos á nosotros mismos á pesar de nuestro exterior virtuoso y pío, más que imagen de nuestro amantísimo Salvador seremos de aquellos cristianos de quienes San Pablo hablaba con lágrimas: *enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y que hacen gala de lo que es su desdoro, aferrados á las cosas terrenas. — Inimicos crucis Christi qui terrena sapiunt*².

EL TÉ

El arbolillo cuyas hojas nos procuran esta bebida perfumada, que el uso ha hecho indispensable á muchas personas, es indígena de la China y del Japón, únicas comarcas donde se cultiva bajo el punto de vista de utilidad. Siempre está verde, y se parece un poco al mirto; su altura varía entre tres y seis pies; soporta climas muy diversos, y así se da en las inmediaciones de Cantón, donde el calor es algunas veces insoportable hasta para los mismos naturales del país, como en el territorio de Pekín, donde el invierno es algunas veces tan riguroso como en el Norte de Europa. No obstante, en la provincia de Nankín, donde el clima guarda un término medio entre estos dos puntos extremos de que acabamos de hablar, es donde se cosecha el té de una calidad verdaderamente superior. La mayor parte de que se provee el mercado de Cantón y se vende á los europeos, ha sido preparado por los industriosos habitantes de la provincia de Fókien. Esta planta preciosa da muy buenos resultados sembrada en los valles, en el declive de las colinas expuestas al Mediodía, y sobre todo á orillas de los ríos y riachuelos.

Giovanni Botero, que publicó en 1590 un tratado sobre las causas de la prosperidad de las poblaciones, fué el primer autor que habló del té sin pronunciar su nombre, pero lo describe tan bien que no se puede equivocar.

«Los chinos, dice, tienen una planta de la que extraen un zumo delicado que les sirve de bebida; reemplaza al vino y les preserva también de todas las enfermedades que causa entre nosotros el uso immoderado de las bebidas fermentadas.»

El árbol del té se propaga por medio de semilla. Unos hoyitos formando hileras regulares se abren á distancias iguales, y se depositan en cada uno desde seis hasta doce granos, porque apenas la quinta parte es productiva. Se riegan cuidadosamente hasta que germinan; y si bien una vez salido de la tierra puede prescindirse de todo otro cuidado, el culti-

1 Ad Rom., cap. VI, vers. 5-11.

2 I Joan., cap. II, vers. 15 y 16.

3 San Lucas, cap. XIV, vers. 26.

4 San Mateo, cap. XVI, vers. 24 y 25.

5 Ad Rom., cap. VI, vers. 4.

1 I Joan., cap. V, vers. 20.

1 Ad Galat., cap. II, vers. 19 y 20.

2 Ad Philipp., cap. III, vers. 18 y 19.



LA CONFIDENCIA. — CUADRO DE MESSONIER.

vador inteligente prepara el terreno todos los años, purgándolo de todas las hierbas inútiles.

Algunos viajeros han pretendido que las mejores especies se producen en montes escarpados, en medio de los precipicios, y que los chinos, no pudiendo alcanzar estos lugares inaccesibles, acostumbran perseguir á los monos que los habitan, provocándolos, arrojándoles piedras, á fin de que aquellos animales, acosados de semejante modo, rompan y arrojen lejos ramas del codiciado té. Este cuento ridículo se refuta por sí mismo, puesto que se trata de una planta que tiene necesidad de la industria del hombre para alcanzar su grado de perfección.

La primera cosecha se hace al cabo de tres años; las hojas han llegado á su sazón y son muy abundantes; á los siete años el arbolillo alcanza su mayor desarrollo, y las hojas van disminuyendo y tienen mucho menos humor. Entonces se corta por el pie, lo que produce el verano inmediato una fértil abundancia de renuevos; algunas veces esta operación se difiere hasta el décimo año.

El té se recoge con las más minuciosas precauciones. Cada hoja se desprende separadamente del tallo, y se exige una excesiva limpieza á los que se ocupan en este trabajo. Existe en el Japón, cerca de una población llamada Utsi, un monte donde se cree que el té adquiere un sabor muy exquisito, de modo que se reserva para el uso del Emperador; un ancho foso rodea aquel lugar privilegiado, é impide que nadie éntre en él, como no sean los guardas que lo custodian. El arbusto, protegido por sus asiduos cuidados, sufre muy poco la intemperie de las estaciones, y hasta se le quita el polvo que podía deslustrar sus hojas. Algunas semanas antes de la cosecha, á las personas que están empleadas en ellas se les obliga á alimentarse con manjares escogidos para evitar la influencia de su soplo. Durante el trabajo se cubren las manos con guantes finos, y se bañan y lavan dos ó tres veces cada día.

A pesar de la lentitud que ocasiona semejante procedimiento, un hombre puede coger de diez á quince libras de té en un día. Se hacen tres ó cuatro cosechas anuales, desde fines de Febrero hasta el mes de Agosto; los productos de la primera son los más estimados; se les llama en China té imperial, y no se los destina á los mercados; únicamente las últimas cosechas, más ó menos mezcladas, son de las que participan los europeos.

Las tierras están en China de tal modo repartidas, que el número de plantaciones de alguna extensión es muy limitado, si es que existe alguna. El propietario y su familia se bastan comúnmente para la explotación, y las hojas se venden en seguida á otras personas que se encargan de hacerlas sacar y ponerlas en estado de ser enviadas á los mercados de Cantón.

Los medios empleados para la desecación varían según la calidad. Se limitan algunas veces á exponerlas, al través de un velo, á los rayos solares, removiéndolas frecuentemente; el método que vamos á explicar sólo se aplica al té verde.

Las piezas destinadas para este uso contienen de diez á veinte hornillos; un caldero de hierro poco profundo está colocado en cada uno de ellos. En el otro extremo hay una larga mesa muy baja, cubierta con manteles. Cuando los calderos están calentados á la temperatura conveniente, se ponen en ellos algunas libras de hojas recientemente recogidas.

Por efecto del calor se abren y desprenden una pequeña parte de su jugo. Entonces es preciso removerlas con la mano tan rápidamente como sea posible, hasta que no se puedan tocar sin dolor; luego se les saca con una especie de cuchara plana y se colocan sobre los manteles, en donde los que deben arrollarlas las toman en pequeñas cantidades y les dan vueltas en el hueco de la mano procurando imprimirlas una sola dirección. Otras personas las abanicán, á fin de que, enfriadas más prontamente, conserven mejor su pliegue. Esta misma operación se repite tres ó cuatro veces, y más si es necesario, pero cada vez los calderos reciben un calor menos fuerte, y los mismos procedimientos se renuevan con una lentitud y precauciones que van en aumento. Hubo un tiempo en que se creyó que los tres verdes se hacían sacar en platos de cobre, y que su color era debido á esta circunstancia, que hacia al propio tiempo muy dañoso su uso; pero la falsedad de esta opinión está al presente demostrada.

El origen del uso del té en China se pierde en la noche de los tiempos; es universal en todo el Imperio, y se halla desde la más humilde choza hasta el palacio imperial. El que consume el pueblo no tan sólo es de una calidad inferior, sino además muy débil; porque los naturales del país dependientes de la embajada de lord Macartuey solicitaban con ahínco las hojas que ya habían sufrido una infusión en casa del embajador; y después de haberlas bañado con agua fresca, obtenían una bebida

mejor que la que acostumbraban antes tomar. Por otra parte, se observó que el té dado por el emperador Kien-Long al embajador no tenía ese ligero sabor agrio que tanto nos gusta á nosotros los europeos.

Los chinos toman el té cuando menos tres veces cada día, y las personas pudientes muchas más veces. Se ofrece á las personas que van á visitar á sus amigos, y forma parte de los sacrificios religiosos. Se prepara en China del mismo modo que entre nosotros, pero no se pone ni azúcar ni leche.

Hé aquí algunos interesantes detalles dados por Mr. Ellis, relativos á una visita que hizo lord Amherst á Kwang, mandarín de primera clase. «El té que nos sirvió, dice, era llamado *Intián*, del que sólo se hace uso en las grandes ceremonias; tiene una pequeña hoja verde muy perfumada; unos platitos de plata muy delgados con numerosos agujeritos estaban colocados sobre las tazas de lord Amherst y del mandarín, á fin de detener, al beber el contenido, la más ligera partícula de las hojas. Estas tazas se parecen mucho á nuestras tazas de café, y fueron servidas en pequeñas bandejas de metal (las hay también de madera) que recuerdan las barcas chinas.»

En el Japón, donde el té es también una bebida común á todas las clases, se reduce á polvo sumamente fino; se llenan las tazas de agua hirviendo y se pone en cada una de ellas, con la punta de un cuchillo, un poco de aquel polvo, que acostumbran conservarlo en cajitas muy elegantes.

El poco tiempo que ha transcurrido desde la introducción del té en Inglaterra, puede hacer considerar como un verdadero fenómeno la extensión prodigiosa de este artículo comercial. Créese que los holandeses lo introdujeron á principios del siglo xvii; pero las noticias son muy vagas hasta el año de 1650. Diez años después un acta del Parlamento lo asimiló como materia imponible al café y al chocolate. Su uso, no obstante, estaba muy lejos de ser general entre las personas distinguidas. Pepys dice en su *Diario* del 25 de Setiembre de 1661: «Envié á buscar una taza de té, bebida china, que jamás había probado.»

Tres años después, algunas libras de té eran un regalo digno de un Rey. Carlos II recibió semejante don de las compañías Indias Orientales, la cual, en 1667, dió por vez primera á sus agentes la orden de enviarle cien libras de té. Dicese que las primeras se vendieron á sesenta chelines cada una.

Este comercio no hizo muchos progresos en Inglaterra. A principios del siglo xviii la importación ascendió, por término medio, en los diez primeros años, á ochocientos mil libras, porque entonces era únicamente un artículo de lujo reservado á las clases opulentas.

Se servía el té en teteras de exquisita porcelana, y se tomaba en tacitas que apenas contenían lo que cabe en una pequeña jícara de chocolate. Es probable que se refiera á esta época la anécdota tan conocida de John Bull, que supone que una señora que vivía en el campo recibió en clase de regalo algunas onzas de té, y creyendo que era alguna legumbre extraña la hizo hervir mucho tiempo para que se volviera tierna, luego le añadió un poco de salsa, logrando persuadirse de que aquel plato de un género nuevo era excelente. En 1831 entraron en Inglaterra 26.043. 223 libras de té. Al presente todavía es mayor la importación.

En Francia y España, por espacio de muchos años, el uso del té estaba limitado á unas pocas casas ricas, algunos cafés y puertos de mar. Al presente hay muy pocas casas un poco acomodadas, tanto en las poblaciones como en el campo, que no hagan algunas veces uso del té, ya como bebida saludable, ya como recreo, sobre todo durante la velada. En los Estados Unidos las sociedades de templanza, que se esfuerzan en hacer perder al pueblo sus hábitos de borrachera, han logrado sustituir en un gran número de poblaciones el uso del té en vez del de los licores fuertes.

Este cambio ha sido causa de notables mejoras y adelantos, tanto en el orden físico como en el orden moral.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

Dos niños delgados y lívidos, vestidos con oropes ajados, la acompañaban, llevando la guitarra y la pandereta. En suma, esta aparición no le faltaba cierto atractivo, y no estaba fuera de lugar en esta

noche de Carnaval. Cantaba, entrando, las siguientes coplas en un tono raro y caprichoso:

«Toda voluptuosidad viene acompañada de llanto. Cada uno lleva en sí su huésped fatal; el gusano en la flor, la muerte en la vida, el luto en el baile.

«No pidáis al gozo alado el brillar siempre sobre vuestras frentes elegidas. Cuando este ángel rubio ha tomado su vuelo no vuelve más.

«Pero no busquéis el revés de las cosas.

«Hoy la esperanza os hace dichosos.

«Creed en la felicidad; deshojad las rosas...

«Mañana... ¡es de Dios!

«¡Saludo á los ancianos y á los jóvenes!»

—¡Saludo á las graves madres y á las alegres jóvenes! — exclamó en seguida la gitana pasando su mirada sobre todo los convidados. — Todos con antifaz, ¡por mí fe! Excelente medio para que no se conozcan sus emociones oyéndose anunciar su buena y mala suerte... Vamos, señores; vamos, señoras y señoritas, acercaos á mí; voy á decir á cada uno lo que desea y lo que espera, lo que le traerá el porvenir y lo que tiene más sobre el corazón. Mirad, hé aquí lo que pedís: vos señorita, un marido rico; vos, señora, un collar de brillantes; vos, señor, un as de bastos; vos, mi joven amigo, el testamento de vuestro tío; vos un árabe pura sangre, una jauría de lebreles; vos la mano de la joven con quien bailáis—decía la gitana con volubilidad, designando al azar con el dedo á algunas personas entre los convidados.

Sin embargo, alguno de los presentes, más intrépidos ó más crédulos que los demás, se adelantaban uno á uno para enseñar la palma de su mano á las investigaciones de la adivina. Otros, al contrario, se habían echado hácia atrás, encontrando que su charla era de muy mal gusto. De este número era Alina, que, temiendo el acercarse á la adivina sin disfraz, se había refugiado cerca de la ventana, en la que hablaban Witold y su primo.

Poco á poco, sin embargo, la gitana, habiendo despedido á alguno de sus clientes contentos con sus felices presagios, habiendo desconcertado á los otros con sus bromas sin lástima ninguna, se acercó á Alina y á los dos jóvenes, que se levantaron riéndose por esta interrupción.

—Vamos, dadme vuestra mano, mi bella estrella—dijo la gitana á Alina — para que vea las sentencias escondidas que están inscritas en los misterios de vuestro firmamento.

La joven, cortada, puso como contra su gusto su pequeña mano sobre el puño moreno de la gitana.

—¡Ah! ¡ah! —dijo la mujer saludando á Alina como felicitándola — habrá muy pronto en este lindo dedito un brillante anillo de esponsales.

—Vuestro instinto profético no se aventurará demasiado, mi buena adivinadora — exclamó riéndose Witold, que se había acercado al grupo. — Nada más probable para una joven de dieciseis años, amable, que el tener muy pronto un prometido.

—¡Muy bien! Reid, señor, pero mi saber no se para ahí... El anillo de oro se cambia en un círculo de hierro que aprieta y lastima este brazo frágil; en lugar de su blanca corona de novia le ponen una corona de espinas, y en el cuello una cruz muy pesada, muy dolorosa, que la arrastra sin soltarla hasta la muerte la pobrecita!

—Y esto aún, Sra. Nostradamus, no es más que un epigrama malicioso dirigido al novio—continuó el escéptico Witold. — Mucho tiempo antes de vos se ha sabido que las lunas de miel tienen cuatro cuartos por lo regular. Primero, la pasión; segundo, la ternura; tercero, el cariño; en el cuarto, la indiferencia... No necesitáis para eso de hablarnos de «círculo de hierro», de «corona de espinas» y de cruz negra alrededor del cuello». Es verdad que sin esto vuestra profecía no hubiera parecido tan lúgubre, lo que no la hubiera favorecido. Pero veamos qué decís de este hermoso joven, mi nuevo amigo. ¿No hay también en su lote algunas cadenas conyugales?

—Sí, éste lleva cadenas, pero muy pronto se verá libre de ellas — dijo la gitana tomando la mano de Tadeo, casi tan delicada y tan suave como la de su prima — pasa por una gran tempestad, por un valle de angustias, pero hélo aquí que vuelve á aparecer en pleno sol, alegre y brillante, y se levanta hacia el cielo en medio de los torbellinos de humo.

—Está muy bien buscado para un meditabundo—dijo Witold. — Mi hermoso Sibila, os felicito. Esto quiere decir claramente, ó yo no lo entiendo, que mi melancólico amigo, después de haberse perdido en divagaciones misteriosas, en sueños vacíos que le harán sufrir horriblemente, verá brillar, en fin, sin velos el claro sol de la verdad, y que irá á fortalecerse en él rodeado aún del humo de sus ensueños. Ahora, buena madre, ya que sois tan perspicaz, decid el horóscopo de cierto burlón de mi conocimiento, al cual no podréis predecir cadenas de ninguna especie, porque ama la libertad con frenesí y que se

ha prometido solemnemente el no casarse jamás. Tomad; hé aquí mi mano: espero mi suerte.

— Sin embargo, os casaréis; pero abandonaréis a vuestra esposa y mataréis a vuestro amigo — dijo la gitana con tristeza, considerando la mano del novio de Cracovia.

— Vamos, parece que ya nos hemos reído bastante, buena madre, y que queréis buscar ahora otra manera de chancearse. Me será imposible el abandonar a mi mujer, porque no me tomaré el trabajo de casarme; y en cuanto a matar a mi amigo, algunas veces he pasado por aturdido ó por loco, pero nunca por asesino ni por duelista.

— Hay muchos modos de matar — dijo la anciana con insistencia. — Veo en esta mano una señal que no me ha engañado jamás. Hay alrededor vuestro cadalso y cuervos buscando los muertos: llamas, sangre y lágrimas... Sois un hombre fatal... Desgraciados de los que os rodeen, desgraciados de los que os seguirán; ¡desgracia! ¡desgracia!

— Hé aquí una predicción de las más pintorescas y tantas desgracias como se necesitan para dar sombra a un baile; ¿no habrá unas pocas también para mí, gitana? — dijo de pronto al lado de la extranjera una voz joven, fresca y un poco incómoda.

La isigane se volvió y vio a su lado a la señorita Nebutoff, que le extendía la mano. Los ojos brillantes, los labios trémulos, blanca bajo su piel de pantera, su banda de púrpura desdoblada en sus cabellos negros, la joven interrogaba las facciones de la adivinadora con mirada chispeante y casi huraña, como si hubiera querido lanzar al porvenir desconocido una amenaza ó un reto.

Os veo rodeada de banderas, de bayonetas y de lanzas como ésta — dijo la gitana señalando la guadaña polonesa. — Después... partís... para un país muy hermoso, muy lejos, donde florecen los naranjos. Partiréis de luto, y renaceréis al lado de una tumba: hé aquí lo que os reserva el porvenir.

— Es evidente que conocéis a la señorita de Nebutoff y que, en consecuencia, le asignáis un lugar cerca de su padre en un regimiento ruso, lo que es más chistoso que torpe — dijo Jurno con alegría. — En cuanto a renacer al lado de una tumba, esto es tanto más chistoso cuanto que no tiene sentido común... ¿Donde se encontraría el mérito de las predicciones si fuesen inteligibles y verdaderas?

— Es como a mí... ¡Predecirme que me haría bernardino! — exclamó Estanislao Wojtowicz, el campanero de la boda.

— O a mí que prestaría un juramento falso — añadió el Sr. de Sawinski.

— O a mí que mataré dos cosacos — exclamó un pequeño de doce años, que representaba en la boda el papel de hermano de la novia.

— La tsigane conoce el arte de los contrastes — dijo Tadeo con indiferencia. — Ha pensado que un poco de drama sentaba en una reunión de Carnaval. Pero tomad por vuestro trabajo, madre, y sobre todo por mi ascensión al sol.

Hablando así, el joven había puesto en la mano de la gitana una moneda de oro. Sus amigos le imitaron, y algunos instantes después la tsigane, seguida de sus acólitos, se había reunido con sus compañeros. Apenas se había ido, cuando la música y el baile volvieron a empezar para prolongarse hasta por la mañana; pero de lejos se oía repetir, como una advertencia a los convidados, estos últimos versos de su canción:

Creed en la felicidad, deshojad las rosas;
Mañana... es de Dios.

III

Se dejaba oír aun la orquesta en la casa de Glonki, y ya empezaba a indicar que se acercaba la aurora una claridad tenue que blanqueaba el oriente; Tadeo entonces se despidió de su tío y de su prima.

— Mi madre, que está algo delicada — les dijo — me ha suplicado que vuelva a su lado después del baile, y cuando esté enteramente restablecida volveré con ella a pasar algunos días en Glonki.

Después de esto, se apresuró a colocarse en el trineo que le esperaba delante de la puerta. Sus caballos, impacientes, hacían saltar con los cascos un polvo de nieve. Les soltó las riendas, y silbando para excitar su ardor, dejó muy pronto tras sí los árboles y las barreras que rodeaban el castillo de Glonki.

La distancia que le separaba de la casa paterna era bastante considerable, y para salvarla era preciso que atravesara primero la gran llanura de nieve que se extendía, pálida y centellante, hasta los límites del horizonte.

El joven entró en ella guiado por las cruces levantadas por los postes de madera pintados, que de distancia en distancia marcaban el camino en este

desierto deslumbrador. Muy pronto, fiándose en el instinto de sus caballos, acostumbrados a recorrer este camino, cesó de dirigirlos, y apoyándose con una mano en uno de los respaldos del trineo, mientras que con la otra hacía flotar las riendas, inclinó su cabeza sobre su pecho y empezó a meditar.

Su ensueño ¿era dulce ó penoso? A decir verdad, no sabemos nada; y, sin embargo, había habido muchos motivos para que fuera agradable; sin duda Tadeo tenía, como Sacha se lo decía a Alina, «una madre que lo adoraba, un tío que no deseaba otra cosa más que su dicha, una primita que... etcétera.» Además era joven, inteligente, guapo y poseía una gran fortuna.

Pocas cunas se habían visto rodeadas de tanto amor como la suya. Nacido huérfano, porque había venido al mundo después de la muerte de su padre, víctima de un accidente de caza, había sido amado por su madre con toda esa ternura joven y apasionada que había tenido que enterrar tan pronto en su corazón. Después su tía, Sofia Sawinski, que era también su madrina, había creído encontrar en él las facciones y gracia infantil de un hijo que había perdido, y había puesto en este niño todos los tesoros de su cariño perdido. No se contentaba con amar a Tadeo: había hecho que también lo amase su marido. Había sido considerado desde entonces como su hijo adoptivo, la esperanza querida de su ancianidad, y tan pronto vivía con su madre en Mlynek, tan pronto con sus tíos en Glonki.

El nacimiento de Alina, que ocurrió cuando Tadeo cumplió ocho años, no modificó en nada los proyectos y el cariño de los Sawinski. Solamente lo consideraron como el futuro marido de su hija, y se prometieron educar a los niños conforme a esta intención.

Parecía que la pequeña Alina había comprendido perfectamente los proyectos de su familia. Muy pequeña, balbuceaba el nombre de «Tadzio» antes que todos los demás; guardaba para él sus flores, sus dulces, sus juguetes; llevaba la avena a su caballo favorito, y no tomaba por guía más que a él cuando quería aventurarse a través de las adormideras con sus grandes tallos en flor, a arrostrar las orillas del gran charco de los patos. Más tarde, ¡cuántas veces le sucedió ponderar a Marynia Wojtowicz los méritos y la apostura de su primo, ó fabricar alguna obra maestra de caligrafía ó de dibujo para ablandar al profesor cuando había castigado a Tadeo! Así es que, estuviese el joven Oskierko triste ó satisfecho, caprichoso ó dócil, encontraba siempre cerca de él este afecto tan suave, este corazón humilde y amante, que era siempre suyo, que se interesaba sin cesar, sin quejarse ni cansarse jamás.

Tadeo tenía veinte años cuando tuvo una afección de pecho que inspiró vivos temores a todos los que le querían. Los médicos aconsejaron que viviera algún tiempo en Italia, y Tadeo se fué solo a buscar la salud.

Las dificultades de la tutela y la administración de importantes propiedades impedían a la señora de Oskierko el acompañarlo; el Sr. de Sawinski no podía alejarse del lecho del dolor en el que agonizaba la madre de Alina. Nadie, pues, acompañó a Italia al joven viajero. Al cabo de tres años volvió incontestablemente fortalecido en lo físico, pero cambiado singularmente en lo moral. Parecía taciturno, distraído y casi indiferente; la salud no le había devuelto ni la actividad ni la energía; la muerte de su buena tía, la señora de Sawinski, pareció impresionarle dolorosamente, pero hizo poco ó ningún caso de su prima.

Alina, sin embargo, en estos tres años se había cambiado, y era una joven esbelta y bella, dulce y amante como siempre. ¡Cuánto sufrió con la indiferencia de Tadeo, con la expresión amarga que sorprendió muchas veces en sus miradas! ¡Cómo ensayó, con los inocentes esfuerzos de un cariño sencillo, devolver la alegría a su triste frente, despertar en su corazón herido la paz y la esperanza!

Mucho tiempo los labios de Tadeo quedaron mudos, por mucho tiempo su corazón quedó cerrado; sin embargo, gracias a la solicitud de su madre y de su prima, gracias sobre todo a los bálsamos eficacísimos del tiempo y del olvido, el joven, poco a poco, volvió a tomar apego a la vida. Se podía prever que le volvería la alegría un día, que estaría afectuoso como en los días de su infancia, y en que no se encontraría sino de tarde en tarde oprimido por la amargura de sus recuerdos.

Tal vez serían estos recuerdos los que le habían asaltado con más fuerza al salir del baile, y que le habían hecho inclinar la cabeza con mucha tristeza, dejando errar su trineo en los campos nevados.

Sin embargo, al cabo de algunos momentos pareció salir de su meditación, y cogiendo las riendas, excitó a sus caballos con el gesto y con la voz.

— Diré a mi madre que Alina estaba muy bella

con su vestido de estrella; esto le dará gusto — murmuró sonriendo.

Después, levantándose en su asiento, echó una mirada alrededor suyo para ver a qué sitio había llegado. La luz blanquecina que presagiaba la aurora no había aumentado casi nada desde su salida de Glonki; las estrellas brillaban siempre, y echaban sobre la nieve endurecida ese fulgor brillante y helado propio de las bellas noches del Norte.

El silencio de la llanura era intenso a esta hora, interrumpido sólo por el deslizamiento del trineo, que abría en la nieve un surco rápido, y por las pisadas de los caballos que, meneando sus crines, hacían resonar las campanillas de cobre. Alrededor del trineo, y por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía la blanca superficie sin sombra, casi aterradora por su silencio y su inmensidad. De pronto creyó Tadeo percibir delante de él, a algunos cien pasos, una mancha negra movable, salpicada por aquí y por allí de puntos brillantes parecidos a fulgores fosforescentes. En el mismo momento se oye, en medio del silencio, un aullido lúgubre, monótono, lánguido, acompañado por otros aullidos no menos lastimeros, no menos sonoros, no menos temibles también; era el aullido de los lobos.

Tadeo paró bruscamente sus caballos y deslizó su mano por el trineo para buscar en él armas; pero no encontró nada; se les había olvidado poner el fusil. Iba a encontrarse sin defensa, porque estaba desarmado y solo. Entonces, medio levantado en su asiento, el cuerpo echado hacia adelante, hizo por ver, a través de la oscuridad y de la distancia, con cuántos enemigos iba a encontrarse y qué probabilidades le quedaban de escapar a la acometida de los lobos.

En este momento una nube que velaba la luna se alejó lentamente, y una claridad más viva iluminó al feroz grupo que se encontraba a doscientos pasos.

Sobre veinte lobos se encarnizaban alrededor del esqueleto de un caballo extendido en la nieve. Se veía a los rayos de la luna agitarse los lomos monteses y las cabezas velludas, y chispear las pupilas sangrientas, rojas y brillantes como carbones encendidos. De cuando en cuando, en los intervalos de los aullidos, oía Tadeo, en medio del silencio de la llanura, los crujidos de sus mandíbulas agudas triturando los huesos y rompiendo las carnes. Los lobos iban con buena gana a su obra de carnicería: no habían olfateado aún el trineo del viajero; le quedaba, pues, a Tadeo, una probabilidad de salvación. Por eso el joven lanzó sus caballos a un galope frenético, evitando con cuidado el dirigir su carrera hacia el bosque. Es que desde el bosque, dado el primer aullido de alarma, podía acudir una numerosa bandada de auxiliares que, rodeando el trineo con un círculo de bocas palpitantes y de pupilas inflamadas, lo estrecharían de minuto en minuto a las miradas del viajero condenado. Esto era lo que pensaba Tadeo haciendo volar su trineo hacia la llanura, esperando que el instinto de sus caballos los alejaría del bosque. Pero el ruido de las campanillas había llamado la atención de la feroz banda. Algunos lobos habían levantado la oreja y husmeado el viento de la noche. Después dos ó tres de ellos, encontrando que el festín era muy endeble para una manada tan hambrienta, se habían precipitado sobre la pista de esta nueva presa lanzando un aullido de triunfo para anunciar tan buen hallazgo y la caza comenzada. Les habían seguido otros, y una quincena de lobos retozaban ahora siguiendo el frágil trineo, dando de cuando en cuando gemidos siniestros que parecían tocar el funeral del joven viajero. Los caballos, como locos, volaban en la llanura sin seguir camino trazado; sus crines tiesas y sus cuellos extendidos hacia adelante por un movimiento convulsivo, indicaban el terror que les sobrecogía. Tadeo, apoyado en un brazo del trineo, y la cabeza vuelta hacia atrás, contemplaba con espanto el grupo encarnizado y feroz, cuya rapidez iba siempre en aumento. De minuto en minuto veía agrandarse detrás de él las pupilas rojas, las formas velludas, las bocas abiertas, mientras que las estrellas, siempre serenas y puras, hacían brillar las mil facetas de la nieve como un polvo de brillantes.

— ¡Y sin armas! — exclamó el joven desesperado.

En este momento se acordó de que llevaba en la cintura de su vestido una daga de pomo cincelado; la cogió con viveza, y tuvo un pensamiento fatal.

Hubiera sido insensato querer luchar contra los lobos con un arma tan frágil.

(Se continuará.)

LA VIRGEN DE LA SALUD

Pace et salus in virtute tua.

I

En el confín hermoso de Edetania
Que de España en la tibia luz se inunda,
Y en la vertiente por cuyo hondo álbeo
Pobre en caudal Vinalapó murmura,
Reclinado á los pies de una colina
Que escalando coronan casas rústicas,
Hay en un valle que la patria historia
Eden llama de paz y de ventura
Una aldea olvidada, aunque su nombre
Hijos famosos con su genio ilustran.

¡Cuán bello el pueblo aquel! Puro es su cielo
Cual las palomas que sus campos cruzan,
Difano cual sus múltiples arroyos
Ya el sol le alumbra ó la argentina luna.

Vida vive de amor naturaleza
En aquellas fructíferas llanuras.
Tiende la vid sus hojas de esmeralda
En su terrosa sábana fecunda,
Y á sombra del almendro y del olivo
Abren las flores su corola púdica.
Por la musgosa y empinada senda
Que á un alto alcázar derruido encumbra,
Baja el viento murmullos de elegías
Que arranca á sus ruinas insepultas.
En sus montañas de zafir luciente
Tiene el arroyo entre granito cuna,
Y baja atravesando la campiña
Tapizada de alfombras de verdura;
Y en sus cauces, que á trechos llena el río
Y á trechos forma en su extensión lagunas,
Junto al péndulo sáuce el laurel crece
Y el junco que en las aguas se sepulta.
Bosques de verdes olmos, cuyas copas,
Mecidas por la brisa, odas mumuran,
Más abajo en sus márgenes se extienden
O entre colinas forman bellas grutas.
¡Sitios agrestes do feliz derrama
La soledad sus armonías puras,
Y cuyos dulces ecos escuchando
El alma, á Dios entre las nubes busca!

En sus anchos jardines orientales
Que el taray cerca y el azahar perfuma,
Al soplo fecundante del estío,
Pende en racimos la amarilla fruta.
.....
Pródiga entonces Ceres, en sus campos
En haces la áurea mies dispone y junta,
Do la africana codorniz se esconde
Y donde el sol al irradiar deslumbra.
Muestra el granado sus carmíneas flores
Y en su ramaje el ruiseñor se oculta,
Y canta de la noche en el misterio
El idilio inmortal de la ventura.

¡Bello es el pueblo aquel! Vaso de oro
Do agotó sus esencias la Natura,
Y en cuyos bosques y húmedos collados
Derramó melancólica sus músicas.
La aurora de su cielo es más rosada,
Las torres de su templo más augustas,
Las flores de su suelo más fragantes,
Las capas de su atmósfera más puras!
¡Cuánta poesía al declinar la tarde
Que en luz crepuscular el valle inunda,
Cuando al besar la nube el sol de ocaso
La rasga en olas de encendida púrpura!...
Entonces son las cúspides de gualda,
De plata el río, azules las lagunas,
Y á un tiempo bosques, pájaros y fuentes
Elevan sus murmullos á la altura.

II

En este pueblo que mi lira canta
Nunca á las dichas de mi patria muda,
Elegir se dignó especial santuario
De tierra y cielo la Señora augusta.
Día de gloria fué: desde Cerdeña
Del mar salvando la extensión oscura,
A las risueñas lucentinas playas
Dos naves cajas arribaron juntas.
Alérgicos custodios las conducen
Del ancho mar sobre la blanca espuma,
Y la estela que en pos deja la nave
Tiñe en gotas de luz las ondas turbias.
Así en el mar de hielo en densa nube
De informe agrupación se alza la bruma
Y corre al soplo de Euro, al alumbrarla
La aurora boreal con tintas fúlgidas.
¿De dónde viene? De do nace el alba:
¿Adónde va? Del sol hacia la tumba,
Cual ave que sorprende la tormenta

Y el dulce nido por los campos busca.
Así Tú ¡oh Madre! al descender del cielo
En esa imagen de la gloria tuya,
Te legas en herencia al pueblo amado
Que la alma sombra de tu manto cubra.
Y en vano á otras regiones te dirigen
En la frágil prisión que te sepulta
Que á tu destino arribas en el carro
Que el buey conduce por la vega muda.
El pueblo fiel que por morada eliges
En aureos caracteres que deslumbran
Va escrito en la cubierta de tu caja
Sublime y alegórica figura.
Y en ellas aparecen ante el pueblo,
A la luz de la tarde moribunda,
Un Cristo magistral tallado en roca
Y tu divina imagen bella y pura.
Y en tugurio feliz, gloria del arte,
Y en dos capillas de consuelo cunas,
De entonces le venera al pueblo mío
Que su salud te aclama y su ventura.

III

Bajo ese templo que la fe levanta
Y en raudales de luz tu amor inunda,
Yo también, de mi vida en el aurora,
Balbuciente gemí mi primer súplica.
De la copa vital aun no en mis labios
El amargor del que su esencia gusta,
Y aun no dejé del mundo en los zarzales
De mi inocencia la nevada túnica.
¡Ah! ¿Por qué si es el hombre flor de un día
Que pasa como lampo en noche oscura,
Envuelto del pecado en las tinieblas
La breve esfera de su vida cruza?
¿Y no así y á tus plantas hoy postrado
Llorara yo mi inconsolable angustia?
¿Quién no lleva una lágrima de fuego
Entre los pliegues de su historia oculta?
Tú eres, ¡oh Madre! el iris de esperanza
Que disipa del mal la sombra adusta
Vertiendo de tu luz los resplandores
De la piedad sobre la nube pura,
En esas horas en que el alma gime
Y el tedio de la vida nos abruma,
Y la fe es hielo, el corazón ruinas,
Y el pensamiento noche y noche oscura!
¿Cuál de tus hijos que vivió á tu amparo
Y oró llorando en tu capilla augusta
Imploró tu favor en sus pesares
Sin que Tú consolaras su amargura?
Porque en tu amor sus ilusiones cifran
Y el mar del porvenir en tu fe surcan
Cuantos á sombra de tu excelso templo
Sorprendiera la luz en dulce cuna.

Y el que el patrio deber llama á la guerra
Y por primera vez el mundo cruza:
Y el que impulsado de ambición honrada
Va á unir á su trabajo la fortuna:
Y el que en pos de un ideal tus valles deja
Cuando la voz del corazón escucha:
Y el que abandona tus azules montes
Y la luz de tu cielo hermosa y pura
Buscando los laureles de la gloria
Que riega con el llanto de la duda,
Todos llevan tu imagen en el alma,
Tu nombre todos con amor murmuran,
Y eres Tú para ellos fuente eterna
De salud y de dicha, jamás turbia.

Tal á mí, ¡oh Madre! cuando en hora aciaga
Abandoné mi hogar y tu ternura:
¿Do irá el pájaro errante y solitario
Sin el calor amante de su cuna,
Si el mundo es un desierto tan sombrío
Que al contemplarlo el corazón se turba?
Por eso al patrio nido un día vuelto,
Entre efluvios de amor traía oculta
Más luz acaso allá en mi inteligencia,
Pero en mi corazón más amargura.

¡Ah! En perpetua ilusión, en sueño eterno
Salva el hombre llorando su ancha ruta,
Y cuando á la verdad cree abrir sus ojos,
Se los velan las nieblas de la tumba.
Mas ¿qué importa si allí sus hierros rompe
Y en espíritu el éter raudal surca?
¡Tábor universal es el sepulcro
Do el alma para Dios se transfigura!

Por eso de rodillas á tus plantas
Te repetí mis infantiles súplicas,
Y el llanto del consuelo más sublime
Por mis ojos vertió raudal de angustia.
«Devuélveme tu amor!» gemí llorando
Como náufrago herido en honda lucha,
Y al pie de tus magníficos altares
Puerto de salvación hallé en mis dudas.
¿Cómo olvidarte un punto, Madre mía,
Si fuiste isla de paz blanca y segura

Do hallé refugio, bajo el árbol santo
Que al cielo eleva de la cruz la cúpula?
Deja que en derredor se agite el mundo
Y ondas de odio y maldad lance á la altura...
Es más grande mi amor que sus pasiones,
Y mi fe y tu piedad, Madre, me escudan.
¡Oh! A todos los que alientan ideales,
Y entre sombra infinita la luz buscan,
Alúmbrales así, con ese rayo
Que de Dios baja y hasta Dios encumbra.
Y cuando suene mi hora, y tenebrosa
Envuélvame la noche de la tumba,
Al elevar mis manos al empuje
Diré llorando en mi plegaria última:
Pues que en eterna utopía crucé el suelo
Y cantando tu amor confié en tu ayuda,
Trueque por fin en el laud del angel
La lira del poeta gemebunda.
De tu perdón transpórtame en las alas
Desde las sombras á la luz augusta,
Y en el seno de Dios, por Tí inspirado,
Cante la compasión, la gloria tuya!

FRANCISCO LALIGA GORGUES.

Elda, y Agosto, 1883.

DEL RESTABLECIMIENTO

DE LA

FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA



Observar el movimiento científico actual, no puede menos de llamar la atención un fenómeno extraordinario que en medio de las presentes calamidades abre al corazón esperanzas más lisonjeras para lo por venir. A vueltas de los maravillosos descubrimientos de las ciencias que tienen por objeto la naturaleza, las artes y la industria, los estudios filosóficos han tomado en los últimos tiempos una dirección que sin duda alguna no tardará en ejercer en toda la enseñanza una influencia saludable. La Filosofía, ciencia entre las naturales no menos eficaz que suprema, y que, desde que se apartó del camino franqueado por los escolásticos se fué precipitando de error en error hasta dar inevitablemente en el escepticismo, reconocidos sus pasados extravíos va entrando de nuevo en la senda de donde se había en mala hora desviado. «Toda la atmósfera filosófica de nuestros días (dice el ilustre metafísico José Prisco) anuncia un próximo regreso á la Filosofía escolástica, y nadie sino los ignorantes deja de respirar esta atmósfera.»

Esta felicísima reacción pudiera parecer á primera vista extraña é increíble; pero, examinándola más de cerca é íntimamente, se manifiesta clarísima, indudable y natural á quien quiera que, teniendo en cuenta lo que es la Filosofía escolástica, considera por una parte el estado actual de las ciencias, y por otra la constancia, el acierto y, sobre todo, los importantísimos resultados obtenidos por los filósofos más esclarecidos de nuestra edad que han acometido la empresa de restaurarla.

I

El conocimiento de las razones absolutamente últimas de las cosas, adquirido por principios evidentes y asequibles naturalmente al humano entendimiento, constituye la esencia de la Filosofía. La cual, pudiendo considerar á los seres en el orden de la realidad, en el de la idealidad ó del conocimiento, y en el de la moralidad, está claro que no llegará jamás á la ciencia verdadera de ninguna cosa si no conoce exactamente el último fundamento de aquel triple orden de causalidad que en todos los seres se descubre. Esta razón suprema, fundamental, y que contiene en sí por eminente manera todas las demás causas de las cosas, es Dios, Creador y Conservador de todo lo existente, luz de todo entendimiento y fin último de toda operación. Y como acerca de su soberana naturaleza no llegaron los filósofos gentiles á tener noticia cierta y exenta de error, de ahí resultó que, aunque nos dejaron en sus escritos principios de la más alta sabiduría, no lograron constituir un cuerpo completo de doctrina, ni dar alcance á la ciencia de las causas últimas de las cosas. Mas así que resplandeció en la humana inteligencia la luz divina de la Revelación, un mundo nuevo de ideas se descubrió á su vista, que, al par que la dirigía, la enriquecía é ilustraba con sublimes y no imaginadas verdades. Apoyándose en estos principios los ingenios maravillosos de los Santos Padres se entregaron al estudio de las verdades más escondidas de la Filosofía, cristianizaron la ciencia y la hicieron servir á la defensa de la verdadera Religión.

Desgraciadamente estos gérmenes de adelanta-

mientos filosóficos, que cultivados por el ingenio del hombre y al calor de la Religión prometían frutos riquísimos de sabiduría, fueron destruidos por los bárbaros invasores del Imperio cuando, al desparmarse por Europa en el siglo V, asolaron todos los monumentos del saber, con tanto trabajo y por espacio de tantos años levantados. Después de tan inmensa ruina, todo parecía perdido irremediablemente; pero la Iglesia, cuya vida es inmortal, fué uno á uno recogiendo los restos de las ciencias que yacían por donde quiera esparcidos, les infundió su aliento divino, y muy pronto el que era ya yerto cadáver comenzó á reanimarse y dar muestras de la vida sobrenatural que había recibido. Entonces á la sombra de las góticas catedrales, expresión la más pura y grandiosa del arte cristiano, se fundaron las célebres escuelas de donde había de salir con el tiempo la Filosofía escolástica, fruto y representación la más propia, la más bella y vigorosa de la ciencia verdaderamente cristiana, supuesto que era el resultado inmediato del desenvolvimiento de la Razón bajo la influencia de la Fe.

De esta manera fué naciendo y tomando fuerzas la nueva Filosofía, hasta que á principios del siglo XIII estuvo á punto de ser falseada por una secta de sofistas que, favorecida por el pérfido emperador Federico II y por su bastardo Manfredo, imbuidos en la impiedad de las doctrinas mahometanas, trataba de apoderarse de la enseñanza universal. La Filosofía arábiga, liga monstruosa de las doctrinas aristotélicas, de las de los neoplatónicos alejandrinos, y de los errores introducidos en las versiones de Aristóteles por los nestorianos de la Siria y Caldea, iba enseñoreándose de los espíritus; y el racionalismo con todas sus consecuencias, el desprecio de la Religión y la corrupción de costumbres más desenfrenada, cundían desapoderadamente en todos los que se arrogaban el título fastuoso de filósofos. Mas la Divina Providencia, que nunca descuida el orden moral como ni el físico del Universo, al propio tiempo que permitía la enfermedad, enviaba oportunamente el remedio. A través de aquel turbión de ideas lanzó al mundo un hombre extraordinario que, levantándose á inmensa altura sobre los demás, dominó con el ascendiente de su genio el movimiento racionalista que empezaba á manifestarse, señaló los escollos donde se iba á estrellar la sociedad europea, y redujo á la senda cristiana los entendimientos extraviados de muchos de sus contemporáneos. «Porque alcanzando una superioridad indisputable (dice nuestro gran filósofo D. Jaime Balmes) hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, y se constituyó centro de un gran sistema, alrededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores de su tiempo, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de calamidades que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables; halló las escuelas en la más completa anarquía, y él estableció la dictadura, dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, embellecido y realzado por su santidad eminente.» Este fué el designio de la Providencia Divina al enviar al mundo á Santo Tomás de Aquino, ingenio portentoso, cuya gloria durará mientras dure la memoria de los hombres. A él se debe la decisiva organización de la Filosofía cristiana; porque, juntando todo lo que los filósofos paganos habían descubierto en el orden natural, con lo más brillante y profundo que discursó la sabiduría de los Santos Padres en el orden de las verdades naturales y sobrenaturales, formó un cuerpo de doctrina admirable por su unidad, por la solidez de los principios, por la claridad y precisión de las fórmulas y por la universalidad de las aplicaciones. Así vino á ser la Filosofía escolástica un raudal majestuoso, donde se reunían y mezclaban las aguas de la sabiduría que hasta entonces habían corrido derramadas por todos los siglos y por los pueblos más florecientes de la Tierra. Esta Filosofía majestuosa, profunda, universal y realmente ecléctica, fué por espacio de muchos siglos baluarte firmísimo de la Fe: fué la que dió temple á los ingenios más vigorosos de que se gloria el linaje humano, y en fin, el castillo roquero levantado por el brazo de Dios para la defensa de los fueros de la razón, y del cual, valiéndonos de una expresión de la Sagrada Escritura, podemos decir que *cuelga todo el armó de los fuertes*. A su glorioso restablecimiento han dedicado grandes esfuerzos los filósofos más aventajados de nuestros días, y sus resultados han sido tan satisfactorios que inclinan el ánimo á esperar que dentro de poco ocupará la Filosofía escolástica el lugar preeminente que le corresponde en el estudio y clasificación categórica de las ciencias.

Para entender la causa de tan extraordinaria restauración, basta echar una ojeada al estado actual de las ciencias en sus relaciones con la Filosofía.

No hay duda sino que en los últimos tiempos se ha ensanchado inmensamente el círculo de hechos

y verdades que comprende cada una de las ciencias particulares; pero también es cierto que ese número infinito de conocimientos y sus divisiones y subdivisiones interminables exigen que á un análisis tan dilatado siga la síntesis creadora de la unidad y del esplendor del orden.

Mas como dicha unidad no puede á las ciencias venir de las ciencias mismas, á la manera que el principio vital que informa al viviente no puede resultar de la muchedumbre de átomos que lo constituyen, necesario es que dimanen de otra ciencia superior que las ordene y reduzca á principios comunes. Y, en efecto, si bien se mira, se ve que en todas las ciencias se viene á parar definitivamente á ciertas verdades, las cuales, pasando los límites propios de cada una de ellas, trascienden á una esfera más elevada, en donde se entrelazan y adonde convergen como los rayos del sol que bañan la Tierra y los demás planetas. Esta esfera, este centro común de los principios de las ciencias subalternas, es la Filosofía, ciencia suprema que, estudiando las razones más íntimas y secretas de los seres, eslabona entre sí y completa los conocimientos de todas las ciencias inferiores. En esta región superior se verifica la síntesis de los conocimientos humanos, y en ella la ciencia viene á ser una, participando de la misma perfectísima unidad de la naturaleza que reproduce en el orden inteligible.

Ahora bien: ¿qué sistema de Filosofía puede llevar á efecto este organismo y unidad científica sino el sistema escolástico? Porque, si consideramos este sistema en sí mismo, vemos que abraza en un conjunto, á maravilla armonioso, todas las ciencias parciales, á cuyo frente coloca como soberana y reguladora la Ontología, la cual, examinando la razón universalísima del ser, suministra á las ciencias inferiores las ideas primarias y fundamentales de que ha de servirle cada una para el estudio de su objeto peculiar. Reconociendo que el entendimiento humano tiene que ser unísono con el divino (que es decir que el conocimiento que alcanza de las cosas en tanto es verdadero en cuanto es conforme al que tiene Dios de las mismas), la Filosofía escolástica se ajusta puntualmente á las verdades que el mismo Dios se ha dignado revelarnos, y se sirve de la lumbrera divina de la Fe para mayor esclarecimiento de los principios naturales. Y alumbrada por esta luz, y juntando y manteniendo perfectamente asidas todas las ciencias subalternas, las hace marchar á manera de bien ordenado escuadrón á la conquista de nuevas y ulteriores verdades. Tal nos la presenta la historia, y sólo las obras de Alberto Magno ó las del esclarecido mallorquín Raimundo Lulio bastarían á demostrar que, cuando esta Filosofía era cultivada en las escuelas, se llegaba realmente á recorrer toda la circunferencia de conocimientos que se poseían en aquel tiempo, reduciéndolos á unidad sintética.

¿Hase logrado ésta por ventura desde que, dando de mano á la Filosofía escolástica, se adoptaron los sistemas modernos? ¿Cuáles han sido los resultados de la filosofía de la duda, introducida por Descartes, del idealismo de Kant, del empirismo de Reid, del eclecticismo de Cousin, y de tantas otras teorías con que se prometía iba á realizarse la unidad absoluta, transcendental, de la ciencia? Por lo pronto, nadie puede negar que el espíritu que informa toda esa muchedumbre de sistemas es la independencia individual, la cual así como en religión pervirtió é hizo imposible la ciencia del orden sobrenatural, así en filosofía ha dado al través con toda la ciencia del orden natural. «Así como, según los principios de Lutero (dice el tristemente famoso Proudhon) es imposible religión alguna, ni más ni menos, después que Bacon hubo reivindicado para cada cual la libertad de pensar y deducir lo que le pareciese de sus observaciones, ¿qué fué lo que sucedió? Algunos creyeron que se iba á construir de planta una nueva filosofía. ¡Error! Nada podía quedar en pie más que la Crítica, es á saber, la facultad de fabricar sistemas hasta lo infinito: lo cual tanto monta como la nulidad de los sistemas. Según el *Novum organum*, no hay ni puede haber doctrina alguna filosófica.» Erigido en única norma de verdad un criterio puramente subjetivo, personal é independiente, y constituida la razón individual en juez soberano de lo verdadero y de lo falso, era natural que rompiese la Filosofía la cadena tradicional que había conservado trabados y unidos entre sí los adelantos filosóficos de las pasadas edades. Echáronse al olvido teorías admirables, que suponían un trabajo intelectual sobre toda ponderación; so pretexto de un psicologismo exagerado se desatendieron partes nobilísimas de la Filosofía, y la superficialidad y el empirismo vinieron á reemplazar la profundidad con que trataban todo linaje de cuestiones los colosales entendimientos de los escolásticos. Como los flamantes reformadores de la

Filosofía contasen como el más glorioso de sus timbres el haber no sólo menospreciado, pero aun puesto en ridículo el estudio de la Metafísica, todas las ciencias inferiores se resintieron naturalmente del decaimiento de la que las presidía á todas como reina y moderadora. «Así fué que desde entonces (dice un eminente metafísico) comenzó á haber matemáticos que no sabían lo que era cantidad, físicos que desconocían la naturaleza del cuerpo, fisiólogos que ignoraban en qué consistía la vida, mecánicos incapaces de definir el movimiento, moralistas ignorantes de la naturaleza del bien, estéticos que de todo entendían y hablaban menos de la esencia de lo bello.» En una palabra, la ciencia se vió convertida en una nueva Babel, con la diferencia (dice donosamente y en un caso análogo D. Jaime Balmes) de que «en la antigua el orgullo acarreó el castigo de la confusión, y en ésta la misma confusión aumentaba el orgullo». Y cuando esta bachillería, por la lógica irresistible de las cosas, descendiendo de la esfera de las ideas se extendió por el orden moral, ¿qué fué lo que aconteció? Pues para compendiar en pocas palabras lo que no puede llorarse con bastantes lágrimas, el resultado práctico de la moderna Filosofía ha sido, según el citado Proudhon, el haberse llegado á asentir como principio, «en religión el ateísmo, en política la anarquía, en administración el robo», abriendo con esto camino á la confusión extrema de ideas, al atolondramiento y locos devaneos de la muchedumbre ignorante del pueblo, que amenazan hundir al mundo en la sima espantable del socialismo.

A dicha, los hombres verdaderamente sabios han visto la esterilidad para todo lo bueno á que estaba condenada esa miserable Filosofía, y al través de las tinieblas esparcidas por el error vuelven los ojos á la doctrina escolástica, faro luminoso que en medio de las tempestades que agitan al mundo muestra á la ciencia seguro derrotero.

Por otra parte, como el error no necesita de quien le destruya, porque lleva en sí mismo el germen de su aniquilamiento, los sistemas modernos se han ido deshaciendo y desacreditando, hasta tal punto que hoy día nadie forma empeño en defenderlos. Del transcendentalismo alemán, del psicologismo francés y del ontologismo italiano (sin contar otras teorías que murieron apenas nacidas), ¿qué ha quedado? ¿qué rastro se conserva ya de los aplausos estrepitosos con que fueron recibidas las nuevas doctrinas? A los aplausos pronto siguió la discusión, y á su clarísima luz se desvanecieron aquellos castillos en el aire formados por la fantasía, no dejando tras sí más que el triste, el amarguísimo desengaño. Así es que entre el infinito número de libros con que diariamente se enriquecen todos los ramos del saber, forma un contraste singular la escasez y poca importancia de las obras en que se sustentan las modernas doctrinas filosóficas.

Entre tanto la Filosofía escolástica inspira obras que por su extensión y profundidad no parecen redactadas en nuestro siglo superficial; sale aguerrida á la defensa de todos los derechos de la persona humana, hollados por la impiedad y la ignorancia, y vigorosa en su juventud inmortal, se asienta triunfante sobre las ruinas amontonadas por la moderna filosofía.

(Continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Diferencia de nivel entre el Mediterráneo y el Océano. — Se ha supuesto que el nivel medio de las aguas del Mediterráneo era 0,72 metros inferior al que tienen en el Océano; esta opinión de monsieur Bourdalou la corrobora la publicación rusa *Isvertia*, fundándose en trabajos de nivelación practicados en Alemania, Austria, Suiza y España. La comparación de los mareógrafos de Alicante y Santander, hecha por el general Ibáñez, indica una diferencia de 0,66 metros; entre Marsella y Amsterdam, tomada al través de la Alsacia y Suiza, resulta de 0,80 metros; los *Comptes rendus* de la Comisión permanente internacional geodésica, consignan la diferencia de 0,737; la obra *Nivellements des trigonométrischen Abtheilung der Landesaufnahme*, da 0,809 por la vía de Asalcia y 0,832 por la vía de Suiza. La diferencia de nivel entre Trieste y Amsterdam, tomado por Silesia y Baviera, da 0,59. Como promedio de todos estos resultados obtenidos, puede estimarse que la diferencia de nivel entre las aguas del Mediterráneo y del Océano es 0,70 metros.

Destrucción de los nidos de avispas. — Nada mejor que emplear cloroformo ó insuflaciones de tabaco,

según Demirgny, farmacéutico. Es importante destruirlas por lo que perjudican á las abejas.

Producción y consumo de papel.—Existen 3.985 manufacturas de papel en todo el mundo, según un trabajo estadístico reciente, produciéndose anualmente 952 millones de kilogramos de papel. La mitad de esta cantidad se utiliza en la imprenta, 300 millones de kilogramos se emplean para los periódicos. El consumo de papel aumenta un tercio cada diez años. Los Estados Unidos tienen 900 fábricas, Inglaterra 800 y Francia 300.

La misma estadística manifiesta que un inglés consume 11 libras y media de papel por año, un americano 10 libras y un cuarto, un alemán ocho libras, un francés siete libras y media, un italiano y un austriaco tres y media cada uno, un español una y media, un ruso una libra, y un mejicano dos.

Alumbramiento de aguas.—A pesar de cuanto se ha dicho sobre el asunto, no hay nada cierto y seguro que guíe al hombre á determinar los sitios donde ha de encontrarse el agua forzosamente, pues las reglas conocidas no siempre dan resultados positivos, puesto que si al desear un rico venero de tan importante líquido no se encuentra más que una exigua cantidad que para nada sirva, la solución no puede ser más deficiente.

En otras ocasiones hemos tratado sobre esta cuestión, señalando los indicios que acusan en un terreno la proximidad del agua, tales como la situación en forma de valle, las junqueras, las columnas de mosquitos, y sobre todo los antecedentes que se tengan de otros pozos próximos; pero, repetimos, hay muchos desengaños en todos estos indicios, que desacreditan tales reglas en casos determinados.

Por ejemplo, en los terrenos graníticos se dan casos de existir dos pozos á pocos metros de distancia, en que mientras unos dan abundantes aguas, otros la absorben; otras veces, cuando se hace un pozo, se suele notar que mana agua de los costados, y si se encuentra de pronto una capa arenosa que la da paso, resulta un manantial que en los primeros momentos daba señales de abundantes aguas y luego se inutiliza por sí mismo.

Pero dejando aparte todas estas anomalías, y suponiendo encontrada ya la vena fluida que se señala en el fondo de un barranco, vamos á exponer el medio de utilizarla lo mejor posible. Para esto se elige como época más á propósito el fin del estío, con el objeto de que no entorpezca los trabajos la mayor cantidad de agua que manan los terrenos durante el invierno y aun á principios del verano, y desde luego se comienza por abrir una zanja en dirección hacia el barranco generalmente, aunque lo mejor es seguir el sitio por donde el operario note que fluye el agua con más abundancia, estableciendo nuevas zanjas siempre que se haga sensible otra nueva vena fluida derivada de la primitiva, y así se abren tantas vías y tan largas como se pueda, pero que todas concurren á la zanja primitiva. Hecho esto, se establecen en ellas cañerías de barro agujereadas y con los ajustes mal hechos, es decir, que permitan entrar el agua por todas partes; pero evitando que se separen demasiado los caños unos de otros en cualquier sentido, dando lugar á que éntre barro y se intercepte la circulación del agua. Asimismo se cuidará de que las acometidas de las derivaciones estén bien expeditas, y por fin, haciendo de modo que el declive sea constante á favor de la salida, se obtendrá, por último, la mayor cantidad de agua.

Pueden establecerse registros de vez en cuando á lo largo de la cañería si la importancia de la obra lo mereciese, y en todo caso, el último tubo de la salida del agua descansará sobre un muro de mampostería hecho con buen mortero hidráulico, el cual servirá para instalar la fuente con su caño, pilón y los accesorios que se crean oportunos.

Las zanjas se cubren con guijarros alrededor de la tubería, y encima tierra, dejando mojones, á falta de registros, que en todo tiempo señalen la dirección de aquélla, con el fin de poder componerla cuando sea preciso.

Barómetro agrícola.—Hay diversas preparaciones que por la influencia de los cambios atmosféricos presentan diversas fases ó mutaciones, cuyo reconocimiento puede servir para predecir el tiempo probable, lo cual es sumamente útil para el labrador, cuyos conocimientos, por su limitación, no se avienen al examen del barómetro y termómetro para

calcular, fundados en sus indicaciones, el pronóstico del tiempo.

La indicación de un temporal, la precipitación de un turbión, la acción de un huracán y otros fenómenos meteorológicos influyen en muchas operaciones del campo, y por lo tanto interesa sobremanera saber cómo se anuncian para no aventurarse en emprenderlas, por cuanto su éxito depende del tiempo que reine al efectuarlas.

El aparato de que se trata consiste en un frasco de cristal con tapón esmerilado; se llena con 250 gramos de éter sulfúrico, y se añaden dos granos de cloruro amónico, dos granos de nitrato de potasa puro y dos de alcanfor rectificado. Se tapa perfectamente el frasco, que ha de quedar lleno, se lacra el cuello y se adapta á él un pedazo de baldés, que se asegura alrededor del cuello del frasco con un bramante encerado, colocándose el frasco en un paraje sujeto á la acción atmosférica y á la vista del que lo consulte, que podrá pronosticar el tiempo con las siguientes indicaciones:

El buen tiempo se anuncia por la completa lim-

cho esto, se conserva en sacos hasta el momento de utilizarse.

Las curaciones se practican del modo siguiente: después de lavar la herida con una solución de sublimado, se recubre de un pedazo de gasa impregnada en una solución de la misma sal al milésimo. Sobre la gasa se coloca una almohadilla de limo, que se asegura con unas vueltas de venda. Encima de éstas se coloca otra almohadilla mucho más grande, que se sostiene también con una venda. Conviene también humedecer la capa de limo que está más cerca de la solución de continuidad con el líquido antiséptico.

Las ventajas de este apósito son:

1.^a Su poco precio y la facilidad de procurarse el limo en todas partes.

2.^a La facilidad con que se empapa de los líquidos exudados.

3.^a El poco peso, la blandura y elasticidad del apósito junto con su limpieza y la facilidad de hacerlo antiséptico impregnándolo con el sublimado.

Papel y cartón de pasta de musgo.—El musgo seco que permanece pegado á los peñascos, se está utilizando en Suecia y Noruega para fabricar dichos productos.

En la Península escandinava sabido es que subsisten adheridas á los muchos peñascos de sus numerosas sierras, grandes masas de musgo que hasta ahora no se sabía que hacer de ellas. Estas gruesas capas suelen llegar algunas veces á un pie de espesor.

Se han presentado cartones de dicha materia hasta de 20 milímetros de espesor, teñidos y pulimentados como si fueran tersas tablas preparadas por un ebanista, presentando un aspecto tan agradable que se ha pensado en utilizarlos para la construcción de puertas, ventanas, cornisas, molduras y otros muchos objetos análogos, ya para estar al abrigo de las habitaciones, como para resistir las más rigurosas intemperies.

En la actualidad se establece una fábrica en Suecia bajo los mejores auspicios, tanto por las vastas proporciones y grandes mecanismos de instalación, como por los capitales que se aunan con tal fin, y es seguro que en pocos años tendrá la empresa numerosos imitadores, dada la gran cantidad de musgo que existe en aquel clima tan frío y húmedo, como debe ser para que abunde dicha vegetación.

Medio de conservar el color de los vegetales.

Se indica como medio seguro de conservar los tonos de color propios de las flores ó plantas disecadas un baño compuesto de una parte de ácido clorhídrico y de seiscientos de alcohol.

El procedimiento que se emplea es siempre muy sencillo: basta que después de cortado el vegetal se introduzca en el baño citado, y en seguida se saca, con lo cual, no sólo se consigue la conservación del color, sino que también mucho más pronto se logra la desecación del vegetal en mejores condiciones que ordinariamente.

Barniz vítreo para cubrir los metales.

Fragmentos de vidrio (Flint-glass).....	125
Carbonato de sosa.....	20
Acido bórico.....	12

Fúndanse estas sustancias en un crisol al fuego, viértase la masa fundida sobre una plancha de piedra ó de hierro, y pulverícese después de fría.

Mézclese el polvo resultante con silicato de sosa (vidrio soluble) que tenga 50° de B.º, y cúbrase el metal con esta mezcla.

Calíentese en un horno de gas ó de otro combustible hasta que se funda la mezcla y forme una capa adherida fuertemente al metal. Sáquese del horno y déjese enfriar.



La Srta. Doña Petra Escalonilla y Martín, sobrina de nuestra distinguida amiga la señora doña Inocenta Escalonilla, viuda de Pliego Valdés, ha fallecido en la Puebla de Montalbán á los veinte años de edad.

Rogamos á nuestros lectores que la encomienden á Dios y pidan para su respetable y piadosa familia resignación proporcionada á su inmensa desgracia.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.



EL GENERAL GORDON.

pieza del líquido y la precipitación en su fondo de las sustancias sólidas.

El tiempo variable se indica por la suspensión y ligero movimiento de las partículas en el fondo del frasco.

La lluvia copiosa por el enturbamiento más ó menos pronunciado, según la intensidad y duración del temporal.

La tormenta por el enturbamiento del líquido y la agitación rotatoria de las partículas en suspensión.

La gran tormenta por el mayor enturbamiento del líquido y el movimiento en torbellino, casi parecido á la ebullición, de las partículas.

La cesación de los fenómenos meteorológicos coincide por la disposición de las indicaciones que preceden á su aparición y que se acaban de expresar.

La dirección del viento que debe reinar se acusa por la acumulación de partículas en la parte opuesta.

El hielo, la nieve, el granizo y casi todos los fenómenos meteorológicos se deducen de la combinación de los aires, estación del año y caracteres del aparato indicador.

Empleo del limo en Cirugía.—En estos últimos tiempos los cirujanos han agotado los recursos de su imaginación con objeto de preparar las curas antisépticas con las sustancias más diversas, y que no parecía que debieran entrar á formar parte de la terapéutica. Después del azúcar, de la arena, de la turba, de la greda y de la estopa, el Dr. Hagedorn acaba de recomendar el limo fresco, que por espacio de seis meses le ha servido como pieza de apósito. Para que el limo pueda tener este empleo hay necesidad de limpiarlo de las sustancias extrañas que suele contener, como pedacitos de madera, paja ú hojas, y exponerlo por espacio de muchas horas á una temperatura elevada de 105 ó 110°. He-